

LA FORMACIÓN DEL LATÍN POPULAR Y SU PROCESO DE ABSORCIÓN DE LAS LENGUAS ITALICAS

I

Sabemos que hacia la mitad del siglo III a. C. el suelo itálico se convierte casi todo entero en romano y que a partir de este momento se constata, como dijo Mommsen, «la absorción» de ricas y antiguas nacionalidades itálicas en una sola nacionalidad que ellas engrandecen.

Una de las primeras consecuencias de esta absorción es la penetración de la lengua de los vencedores en el país vencido. En efecto, el prestigio romano se hace sentir desde los primeros momentos sobre todo con infiltraciones léxicas y sintácticas en el corazón de dichas lenguas, que son pasadas por el tamiz de sus propias características lingüísticas. Así, una palabra como *quaistor* penetra en osco-umbro, pero con diferentes realizaciones según la evolución propia de cada lengua. Así en osco, que seguía manteniendo el diptongo *ai*, la palabra pasará bajo la forma *kvaisstur*, *kvaizstur*; pero el umbro, en donde la monoptongación de *ai* se había realizado desde antes del siglo III a. C., tomará la palabra latina bajo la forma *kvestur*, llegando incluso a construir un derivado como *kvestretie* «quaestura».

Tanto en uno como en otro caso notamos una penetración lingüística del latín sobre las regiones conquistadas. Ahora bien, a nosotros nos interesa sobre todo tratar de ver la otra cara de la moneda, es decir, determinar la posible influencia que han debido

ejercer sobre el latín los dialectos absorbidos, sobre todo cuando sabemos que los colonos romanos no llevaban un latín depurado, y éste, lejos de Roma, y quizás en ambiente propicio, ha podido más fácilmente recibir el influjo de los dialectos sometidos.

Es más, el mismo Devoto¹ ha podido afirmar que la antigua actividad colonizadora romana ha difundido una lengua que había salvado ciertamente el fondo latino pero que estaba ya surcada por innovaciones y tendencias latentes de claro cuño osco-umbro. Y, según A. Ernout², el latín llevado a Italia había sufrido ya sin resistir todas las influencias que ejercían sobre él el lenguaje de los inmigrantes todavía dominados por el recuerdo de sus dialectos.

En estas condiciones debemos preguntarnos: ¿hasta qué punto los elementos itálicos han podido insertarse en el sistema de la lengua vencedora?, ¿de qué manera el latín de los colonizadores se ha adaptado a las condiciones lingüísticas locales?

No podemos olvidar que el latín hablado por primera vez en Italia, desde el momento de la conquista, lo era por gentes originariamente alóglotas, que debían, en principio, dejar huellas, sobre todo, fonéticas, de su lengua originaria.

Por lo demás, para una época muy antigua los lingüistas están de acuerdo en aceptar que los romanos han sufrido cierto influjo cultural de los itálicos, como lo prueban los préstamos dialectales del vocabulario latino, de los que muchos son términos de civilización.

Si en una época remota se constata la penetración osco-umbra en Roma, nada nos impide *a priori*, como ha afirmado V. Väänänen³, admitir que simultáneamente con los cambios de orden cultural, ciertas tendencias inherentes a las hablas itálicas han podido incorporarse al latín popular desde antes de la extinción de aquéllas.

Es decir, es necesario saber hasta qué punto los casos de paralelismo entre el latín y los dialectos deben ser interpretados, según Devoto, como simples resultados en latín de tendencias evolutivas que actuaban desde dichos dialectos.

¹ «Contributo alla teoria del sostrato osco-umbro», Comunicación al III Congreso de Lingüística Románica, 1932, *Rev. de Ling. Romane*, IX, 1933, pp. 229 ss.

² *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*, París, 1928, pp. 21 ss.

³ *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, 2.^a ed., Berlín, 1959, p. 16.

O mejor, si encontramos fenómenos fonéticos en el latín popular no atestiguados en la historia anterior del latín pero normales desde hacía más de cuatro siglos en los dialectos hablados en Italia, ¿hemos de considerarlos fruto de la evolución particular e independiente de la lengua popular o más bien un producto itálico, la alteración natural del latín en boca de gentes que en otro tiempo hablaban otra lengua distinta y que precisamente presentaba dichos fenómenos?

Así pues, en una palabra, toda la cuestión reside en saber si, cuando la lengua latina ha desplazado totalmente a los dialectos hablados en la Italia antigua, este desplazamiento se ha producido por medio de un proceso de *convergencia* seguido hasta la *confusión* o *fusión* completa, o bien ha habido *substitución* pura y simplemente mediante un proceso de *absorción* de la lengua impuesta.

Si en general los romanistas se han resistido a aceptar influencias osco-umbras en el latín vulgar se debe en parte a los excesos de teorías como las de K. Sittl⁴ y G. Mohl⁵.

En efecto, Sittl había creído que los orígenes del latín vulgar estaban relacionados con los orígenes mismos de la colonización romana, y que desde entonces latín vulgar y latín dialectal se habían casi confundido. Se dedicaba de esta manera a mostrar que la mayor parte de las particularidades del latín vulgar habían partido, no de Roma o del Lacio, sino de las provincias más antiguamente conquistadas y latinizadas.

Por su parte Mohl aceptaba completamente la teoría *polidialectal* de Sittl y no dudaba en considerar el latín provincial de Italia como la fuente casi exclusiva de todas las manifestaciones lingüísticas atribuibles al latín vulgar del Imperio Romano.

Ambos lingüistas sostienen, pues, que antes del latín vulgar hubo un latín polidialectal, siendo el primero la evolución última, la fusión íntima, de los dialectos mixtos latino-itálicos. Optan de esta manera por la convergencia seguida hasta la fusión total de las distintas lenguas habladas en Italia (Mohl) o bien en el Imperio (Sittl).

Ahora bien, ni uno ni otro han podido contestar a esta pregunta: ¿cómo la lengua latina, después de estar dividida en dialectos y en «patois» locales ha recobrado luego su unidad?

⁴ *Die lokalen Verschiedenheiten der lateinischen Sprache*, Erlangen, 1892.

⁵ *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, Paris, 1899.

Pues la solución de Mohl (p. 89) no deja de ser sorprendente y falta de toda realidad: «...estos dialectos mixtos latino-itálicos se alteraron insensiblemente al contacto íntimo e incesante del latín oficial y finalmente se confundieron con él en una especie de compromiso natural en que la lengua literaria llevó, como era justo, la parte del león; una disolución radical de los viejos dialectos siguió luego, y, de año en año, con los progresos recientes del poder romano, esta lengua híbrida, mitad dialectal y mitad literaria, se depuró, se perfeccionó, se unificó hasta aproximarse muy cerca del latín puramente literario».

Pero la realidad de los hechos es muy distinta a como pretendían estos insignes lingüistas.

Por lo demás sería ocioso querer, por nuestra parte, encontrar una nueva teoría o adherirnos a alguna ya expuesta sin presentar materiales nuevos.

Convencidos, pues, de que ofrecemos algunas consideraciones nuevas abordaremos en el presente trabajo el estudio de los posibles elementos lingüísticos y de tendencias fonéticas insertadas en el latín popular.

El punto de referencia y estudio versará sobre la fonética de las inscripciones pompeyanas.

La elección de la fonética del latín de Pompeya tiene una doble justificación:

- 1) es aquí donde encontramos por primera vez y de un modo uniforme un conjunto de cambios o, más bien, de tendencias fonéticas, que apartándose del latín clásico están en la base del llamado latín vulgar;
- 2) por ser una ciudad osco-samnita Pompeya ofrece mejor que ninguna otra la posibilidad de comprobar cómo la colonia de veteranos enviada por Roma en el año 80 a. C. ha debido de adaptarse a las condiciones lingüísticas locales, y, vice-versa, de qué manera han ido adoptando el latín los habitantes que originariamente hablaban otra lengua distinta.

Conviene, pues, en primer lugar determinar los grandes cambios fonéticos operados en Pompeya y que están en la base del latín vulgar.

Una vez establecidos los rasgos más característicos de la fonética pompeyana conviene estudiar cada uno en particular para así dictaminar si es el estado fonético del latín anterior o más bien el de los dialectos itálicos el que se ha mantenido en el habla popular.

En el caso de que la transformación fonética se encuentre adelantada en el latín «arcaico» debemos, en principio, suponer una conexión o conservación del hecho lingüístico, es decir, una prueba evidente de que este aspecto siempre se ha dado en la lengua. Pero incluso en este caso es necesario comprobar en qué lugar geográfico se encuentra atestiguado ese cambio fonético y precisar hasta qué punto el fenómeno del latín arcaico que luego se vuelve a encontrar en el latín tardío no se debe en parte o totalmente a una clara influencia dialectal ⁶.

El estudio pormenorizado de los hechos, que ahora emprendemos, nos hará ver hasta qué punto es cierta la premisa establecida por los estudiosos del latín vulgar, a saber, que muchos elementos constitutivos del romance común remontan al latín arcaico.

⁶ No ponemos en duda, más bien lo reafirmamos, que entre el latín arcaico y el latín tardío haya abundantes concordancias lingüísticas. En el fundamental trabajo de M. Marx («Die Beziehungen des Altlateins zum Spätlatein», N. J. K. Ph., 23, 1909, pp. 434 ss.) se ponía de manifiesto que estas concordancias tenían como base una ininterrumpida tradición de la lengua popular.

Dicho esto, y sin negar la continuidad ni el desarrollo histórico del latín popular, pretendemos en nuestro trabajo tratar de descubrir las causas por las que cambios fonéticos muy semejantes tuvieron lugar entre los siglos IV (finales)-III (comienzos) a. C. por una parte y a partir del siglo I d. C. por otra. No podemos olvidar que el latín que se nos ofrece en las inscripciones de los siglos IV-III es radicalmente distinto tanto del latín clásico como del latín de los primeros testimonios, y a su vez el latín de Pompeya, por ejemplo, se parece más, al nivel de los hechos fonéticos, al latín del IV-III que al latín clásico y al de los primeros testimonios.

En un estudio muy reciente, Demetrio Marín («Latino arcaico e lingue neo-latine», *Romanica* 7, 1974, en Estudios dedicados a D. Gazdar, La Plata, 1975), afirma con toda razón que «già a partire della fine del IV -inizio del III a. C., assistiamo alla scomparsa delle consonanti finali (*s*-, *-m*-, *-t*), alla monottongazione dei dittonghi (*ai ae e*, *au o*) il che comporta una vera «rivoluzione» rispetto al latino classico o letterario. L'interrogativo che sorge è quello di sapere se *questo latino «volgare»* sia una «corruzione» del latino che conosciamo in seguito come *latine classico* oppure il latino *classico* sia *normalizzazione*, una regolarizzazione del latino «volgare».

II

Para comprobar todos estos pormenores es, pues, imprescindible estudiar una por una las transformaciones fonéticas operadas en Pompeya:

A) SISTEMA CONSONÁNTICO

I) *Asimilaciones de grupos consonánticos:*

a) *ND > NN*: se puede decir que el grupo *-nd-* se mantiene en latín a lo largo de toda su historia (*amandus, tendere*, etc.). Solamente se pueden citar algunos pocos ejemplos de la asimilación *-nd- > -nn-* en Plauto: *dispenno, sociennus* (Aul. 659) y quizás *distennite* (Mil. 1407), *grunnire*. Salvo estos casos, el primer ejemplo de la asimilación lo encontramos en Pompeya: *VERECVNNUS* y más tarde extendido por algunas inscripciones latinas: *AGENNA, INNVLGENTIA, ORIVNNA, SECVNNVS*.

Los documentos de la Edad Media ofrecen no sólo numerosos ejemplos de grafía *-nn-* por *-nd-*, sino también ejemplos de «grafía inversa *-nd-* en palabras que remontan a un original en donde *-nn-* ha existido siempre, por ejemplo: *tyrando* de *tyrannus*.

Así pues, salvo en Plauto, la asimilación no se da hasta Pompeya y no ha sido nunca normal en la lengua latina.

Ahora bien, el paso de *-nd-* a *-nn-* se realizaba de una forma regular en osco-umbro desde por lo menos el siglo IV a. C.: osc.: *upsannam* «*operandam*», umb.: *pihaner* «*piandi*».

Hay una conexión de un fenómeno fonético entre el latín popular de Pompeya y el latín más antiguo de Plauto; pero en uno y en otro caso creemos que está detrás un modo de pronunciar propio de las gentes de Italia, no romanas, sobre todo si pensamos que el mismo Plauto procedía de la Umbría.

Esta asimilación es igualmente corriente en las hablas modernas de Italia meridional; cf. *napolitano*: *quanno* < *quando*, *scennere* < *scendere*.

Fue Fr. Wentrup⁷ el que por primera vez relacionó la asimilación del napolitano con la osca, y los estudiosos posteriores han admitido la dependencia del fenómeno exhibido por los dialectos modernos respecto a las condiciones del osco-umbro. R. Menéndez y Pidal⁸ liga la asimilación *nd > nn*, que aparece en el Norte de España y en Gascuña, con la de Italia centro-meridional, pero no como influencia de un substrato directo, sino como debido a la colonización romana de origen osco, de la que sería otra prueba el topónimo Huesca < Osca.

Pero G. Rohlfs⁹ se ha opuesto a que en este cambio fonético haya influjo del substrato osco porque, según él, si la asimilación fuese antigua, habría debido difundirse con el latín vulgar a las otras partes de la Romania. Frente a él A. Ernout¹⁰ piensa que la transformación ocurrida en el italiano moderno no es de fecha reciente: es el estado fonético de los antiguos dialectos itálicos el que se ha mantenido.

Por nuestra parte diremos que trasciende nuestro estudio la comprobación de si los hechos del italiano moderno son debidos o no a influencia dialectal osco-umbra. Tan sólo debemos constatar:

- 1) que un fenómeno que se da en Plauto, aunque de un modo esporádico, aparece de nuevo en Pompeya, se encuentra en las inscripciones y abundantemente en la Edad Media y más tarde en los dialectos modernos italianos y en parte de España, no es un hecho de substrato por la sencilla razón de que antes de la desaparición del osco-umbro es más que probable que los hablantes de las regiones en que predominaban esas lenguas y que luego adquirieron el latín, hayan pronunciado las palabras latinas de acuerdo con las características fonéticas propias de sus lenguas originarias;
- 2) que ni está atestiguado, salvo en Plauto, ni ha sido normal en la lengua latina, pero sí y desde fecha muy antigua en dichos dialectos;

⁷ *Beiträge zur Kenntnis der neapolitanischen Mundart*, Wittenberg, 1855, p. 3.

⁸ *Orígenes del español*, Madrid, 1964, pp. 52-55.

⁹ «Vorlateinische Einflüsse in den Mundarten des heutigen Italiens?», *G. R. M.* XVIII (1930), pp. 37-56.

¹⁰ *Les éléments dialectaux...*, p. 84.

- 3) que esta transformación fonética no es un fenómeno aislado, ni debe estudiarse como tal, sino en el conjunto de otras características fonológicas.

b) *PS > SS*: esta asimilación está atestiguada en Pompeya solamente para la palabra *ipse*: PARIS ISSE, VALE ISSA FABIA, etc.

Es esta pronunciación la que ha llegado a las lenguas románicas, como lo demuestran it. *esso*, logud. *issu*, *isse*; a. fr. *es*; esp. *ese*; port. *esse*. Otros ejemplos de dicho fenómeno nos lo ofrecen it. *cassa*, fr. *chasse* < *capsa*, etc. Esta asimilación no está atestiguada en el latín anterior a Pompeya, salvo en una sola palabra en Plauto (Cist. 450), que por otra parte se halla en un texto bastante corrompido.

Si la forma restituida por Schoell, *issula*, es correcta (el texto es éste: *Mea(e i)ssula sua <aede>s egent. Ad me <sine ducam>*), había que ver en el texto de Plauto un diminutivo de *ipsa* y por lo tanto un precioso antecedente de los ejemplos de Pompeya. Por el contrario, frente a la escasez de ejemplos latinos de un hecho que luego aparece en las lenguas romances, en los dialectos itálicos se daba de modo regular, desde el siglo IV a. C.

Pero la extensión del fenómeno difiere entre los distintos dialectos. Así¹¹, mientras *ps* originario daba *ss* (*s*) tanto en osco como en umbro: osc. *essuf*, *esuf*; umb. *esuf* = *ipse*; *ps* secundario permanece en osco y peligno (osc. *upsannam*, *upsed ups* < **opes*; pel. *upsaseter*), y se asimila en cambio en umbro: *osatu* «operato», *ose* < **opse*.

Así pues, en la asimilación *ps > ss* (*s*) el umbro va incluso mucho más lejos que el osco.

c) *CT > TT* (*T*): este fenómeno no está atestiguado en el latín anterior a Pompeya, salvo en las hablas del Lacio, falisco y prenesino. El latín de Roma ha mantenido, pues, intactos los grupos de esta clase durante muy largo tiempo.

Pero ya en Pompeya encontramos ejemplos como: OTOCENTOS, AVTIONE, FATA, OTAVS. Además el *Appendix Probi* censura formas como *autor* y *autoritas*.

¹¹ Cf. G. Bottiglioni, *Manuale dei dialetti itálici*, Bologna, 1954, p. 74.

Con todo, según Väänänen (pp. 109-110), son escasos los ejemplos tanto de reducción de *ct* en *t* como de su asimilación en *tt*. La escasez de la reducción de *ct* en *t* en los documentos latinos no debe sorprender si se recuerda que este tratamiento no está confirmado por los idiomas neolatinos: el italiano y el reto-romance asimilan *ct* en *tt*, el rumano reemplaza *c* delante de *t* (y *s*) por la labial *p*, mientras que la mayor parte de la Rumania palataliza *c* implosiva: *nocte* > it. *notte*, rum. *noapte*, fr. *nuit*, esp. *noche*, port. *noite*... El mismo Väänänen reconoce «que la evolución romance de *ct* recuerda singularmente la que esta combinación ha sufrido en osco-umbro. En estos dialectos *kt* ha dado *ht* = [χt], en otros términos, hubo aumento de apertura del elemento velopalatal hasta el punto de convertirse en espirante: osc. *Uhtauis* «Octavius», umb. *uhtur* «auctor», desarrollo completamente paralelo con el tratamiento de *ct* en los idiomas romances occidentales (porque fr. *fait*, esp. *hecho*, etc., suponen un estadio intermedio con espirante gutural).

En cuanto a los casos de *t* por *ct* registrados en Pompeya (FATA, OTAVS) u otros, provienen —en cuanto no se trate de simples errores— de una influencia osco-umbra, con caída de la espirante gutural implosiva salida de *c*, fonema extraño al sistema latino.

Ahora bien, la realidad de los hechos es más compleja de lo que pretende Väänänen.

Así podemos decir que antes de los ejemplos de Pompeya los hablantes de Italia, en sus respectivos dialectos, excepto la lengua de Roma capital, ofrecen ejemplos no sólo en la reducción de *ct* en *t*, sino también su asimilación en *tt*.

En efecto, el prenestino, una de las hablas del Lacio íntimamente relacionada con el latín de Roma, muestra¹², tres siglos antes que Pompeya, ejemplos de reducción y asimilación de *ct*: *Vitoria*, en una inscripción sobre un espejo, y el nombre propio *Vetteiai*.

En falisco, según G. Giacomelli¹³, aparece el paso de *ct* a *t* en la palabra *fita* (< *ficta).

Pero hay más, y es que la evolución de *kt* en los dialectos itálicos tal como es expuesta por Väänänen oculta la estricta realidad, pues

¹² Cf. A. Ernout, «Le parler de Préneste d'après les inscriptions», *M. S. L.*, 1905-196, p. 340.

¹³ *La lingua falisca*, Firenze, 1963, p. 127.

allí hay dos tratamientos distintos de *kt* según se trate de nexos originario o secundario:

- 1) el nexo *kt* originario da durante mucho tiempo *ht* en osco-umbro, tal como afirmaba Väänänen, pero además en umbro la aspirada podía debilitarse y caer delante de vocal larga: *speture* «spectori»; así pues, *kt* originario tiene dos resultados, uno común a osco-umbro (*ht*), otro (*t*) específico del umbro;
- 2) *kt* secundario quedó invariable en el osco, igual que en latín (*faktud* < *fak(i)tod, *actud* < *agčtod, etc.), mientras que en el umbro da *it* (*aitu*, *deitu* < *deik(e)tod) a través de una pronunciación espirante palatal de *k*, con un proceso análogo al que se realiza en las lenguas romances occidentales¹⁴.

Finalmente, en umbro se tiene un caso además de *ct* > *tt*, T. I. VI, a 13: *tettome* «ad tectum».

Desde entonces, ¿cómo puede decir Väänänen que casos como FATA de Pompeya son de influencia osco-umbra? Nunca podrían deberse al influjo osco, porque en esta lengua esa misma palabra es siempre *faktud*, sino en todo caso a influencia umbra; y en tal evento, ¿cómo ha llegado el influjo umbro a una ciudad osco-latina como Pompeya? Este dato, junto con otros muchos que en su momento ofreceremos de tendencias fonéticas no latinas ni oscas, pero posiblemente umbras, faliscas, prenestinas, etc., creemos que tendrá una importancia decisiva respecto a nuestra concepción sobre la formación del latín popular. Además, si nos percatamos de los hechos aquí ofrecidos, podemos ver que:

- 1) en el umbro y prenestino está preanunciado el tratamiento italiano y reto-romance *ct* > *tt*;
- 2) en umbro (y en osco) se encuentra ya la palatalización de *c* implosiva, exactamente igual que en la mayor parte de la Romania occidental.

¹⁴ Cf. Bottigliani, *op. cit.*, p. 77; sobre la independencia del fenómeno en umbro respecto a los resultados del área céltica y al posible influjo de ésta sobre los resultados romances puede consultarse el interesante estudio de R. Lazzeroni, «Considerazioni sullo svolgimento del gruppo consonantico *-kt-* nelle lingue dell'Italia antica», *ASNP* XXX (1961), pp. 289-298.

Quede, pues, claro que un rasgo que nunca ha sido latino aparece en Pompeya y, luego, aunque de forma distinta, en los idiomas neolatinos.

Este rasgo se daba tres siglos antes de Pompeya en la mayor parte de Italia, tanto en tierras donde se hablaba latín, pero no de Roma, como, sobre todo, en tierras de oscos y umbros.

d) $x (sc) > s$: en Pompeya aparece el cambio $cs > s$ en posición final: FELATRIS, cacATRIS, etc. En el *Appendix Probi* se dice: «meretrix non menetris», «obstetrix non ops(e)tris»; además se censuran formas como *mílex*, *ariex*, *poplex*, *locuplex*, lo que parece atestiguar indirectamente el cambio $-x > -s$.

En algunas inscripciones se constata además el cambio $-ks > -s$ en intervocálica: VISIT = vixit CIL V 2662, VIII 8112, vsORE, vsVRE Jeanneret, p. 47.

Antes de los ejemplos de Pompeya y de otras inscripciones podemos aportar algunos ejemplos de dicho fenómeno. Así, la palabra *cossim* por *coxim* que aparece por primera vez en Pomponio y algunos pocos casos más¹⁵. Según A. Ernout - A. Meillet¹⁶, «*cossim* représente une prononciation vulgaire, peut-être dialectale». Frente a esta escasez el fenómeno está claramente atestiguado desde el siglo III a. C. en osco-umbro, si bien bajo estos dos aspectos:

- 1) $-ks$ pasa regularmente en posición final a $-s$ (s) tanto en osco como en umbro;
- 2) el cambio de $-ks-$ a $-s-$ en intervocálica sólo se da en umbro: *esu* frente al osco *eksuk*, *exac*.

Así pues, los casos de $-ks > -s$ en sílaba interior de los epígrafes latinos se deberían a influencia umbra, penetrada en territorio de lengua osco-latina.

Otros ejemplos de asimilaciones no atestiguados todavía en Pompeya, pero sí en el latín tardío, merecen una atención aparte:

¹⁵ En posición final de palabra se puede citar también *mers* por *merx*, que aparece en Plauto por dos veces: *Cist.* 728 y *Poe.* 342. En posición interior tenemos además de *cossim* de Pomponio la forma *sescenta* en Plauto, *Aul.* 320 y *Sesti* en CIL 12 1385.

¹⁶ *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París, 1959, p. 146.

- 1) *RS > SS*: esta asimilación se encuentra esporádicamente atestiguada en latín antes de la época vulgar. Así en Plauto (Pers. 740) aparece un juego de palabras entre *Persa* y *pessum* (*Salve, mea gnata. Eii! Persa me pessum dedit*) que podría basarse en dicho cambio; un personaje de la atelana osca se llama en Roma *dossenmus*, palabra que se relaciona con *dorsum*¹⁷, y formas como *dossus* y *dossuo* (CIL I² 270). En la famosa inscripción llamada *Sententia Minuciorum*, encontrada en el valle de Polcevera, en Génova, al norte de Italia, el grupo *-rs-* tiende a reducirse a *-s-*: *controvosias, susovor-sum, susum*. También desde Catón, después de vocal larga se da la reducción de *rs* en *s*: *susum* y *suso*, al lado de *sursum*; y desde Varrón se da también *dossum* al lado de *dorsum*, de donde it. *dosso*, rum. fr. prov. cat. = *dos*; cf. *App. Pr.* 149 «persica non pessica».

Para la mayor parte de los lingüistas este cambio fonético se debía a una tendencia popular. Ahora bien, como quiera que *rs* intervocálica no se asimila en latín, salvo en los ejemplos citados (y téngase además presente la procedencia para algunos de ellos), es digno de ser notado que ya en umbro este grupo consonántico quedaba con débil pronunciación de la líquida (*tursa, turse, tursitu, tursitudo* al lado de *tuse, tusetu, tusetudo*; *farsio* «farrea» al lado de *fasio*, etc.).

¹⁷ A. Pariente, *Estudios de fonética y morfología latina*, Salamanca, 1949, pp 143-246, ha estudiado en profundidad la problemática que presenta el cambio *rs > ss*. Pariente niega que haya relación alguna entre *dossenmus* y *dorsum*, porque «*Dossenmus* (tipo y nombre) no son de origen latino». Pone en duda, además, los testimonios de este cambio en Varrón y Catón, llegando a afirmar que «yo no creo, pues, que ni Varrón ni Catón llegasen nunca a escribir *-ss-* o *-s-* en vez de *-rs-*».

Por lo demás, me parece sugestiva la idea que me ha dado personalmente una vez leído mi trabajo, pues él cree que en la base de los cambios operados en las lenguas de Italia debe de buscarse y estudiarse el substrato. Y me parece que no le falta razón, porque muchos cambios fonéticos, entre los que podemos citar la caída de consonantes finales, deben su causa a la influencia etrusca, y no sería arriesgado pensar que desde el etrusco estas tendencias fonéticas pasaron al umbro y desde aquí o bien directamente desde Etruria hasta el habla de Falerii, que serviría de cuña de penetración en la Urbe.

- 2) *GM > VM*: según Väänänen¹⁸, en este grupo consonántico la *g* se vocaliza en *u* por un relajamiento de la oclusión de este elemento implosivo y por una acción simultánea de los labios (anticipación delante de *m*): *App. Pr.* 85 «*pegma non peuma*» (gr. πῆγμα); *fraumentum* por *fragmentum*, *sauma* por *sagma* (gr. σάγμα), cf. prov. *sauma*, fr. *somme*, etc.

Ahora bien, este fenómeno se encuentra adelantado cuatro siglos antes en Preneste, en donde un hecho curioso es el de la transcripción por *ou* del grupo griego *ouγ* en *Poumilionom*, CIL XIV 4110, que corresponde al griego Πουγμαλέοντων. Según A. Ernout¹⁹: «c'est un phénomène absolument identique qui s'est passé dans *sagma* 'bât, selle' aboutissant à *sauma*, français *somme* (bête de)».

- 3) *MB > MM*: este fenómeno ha penetrado en el latín vulgar, como lo muestran las grafías de inscripciones de baja época: *commurat*, *commuratur*, *ammas meas germanas*, *entrammas aquas*, etc. Esta asimilación, que se encuentra en los modernos dialectos italianos meridionales, en catalán (*coloma*), en castellano (*paloma*), se daba de modo casi sistemático ya en umbro: *menes* < **kombenes*, *umne* < **omben*, etc.

e) Palatalizaciones.

Como es bien sabido, este fenómeno ha jugado un papel considerable en la fonética del latín vulgar y en la de las lenguas neolatinas.

Según V. Pisani²⁰, alrededor de finales del siglo I d. C., se pueden ya atestiguar los cambios *gy > zz*, *dy > yy*, *pl > py*, *fl > fy*, *gl > gy*.

Pompeya ofrece algunos testimonios en los que se puede denotar dicho fenómeno:

- 1) *d_i > j*: AIVTOR, AIVTORIS; en una inscripción de Puteoli (CIL X 2554) se halla una grafía inversa: CODIVGI. Según Väänänen

¹⁸ *Introducción al latín vulgar*, Madrid, 1967, p. 115.

¹⁹ «Le parler de Preneste...», p. 330.

²⁰ «Palatalizzazioni oscche e latine», *A. G. I.* XXXIX (1954), pp. 112-119.

son éstos los más antiguos ejemplos conocidos de la confusión de [j] y [dj];

- 2) una palatalización de *g* delante de (*e*), *i* la tenemos en Pompeya en la palabra FRIGIDAM. Para haber salido fonéticamente de *frigida* la forma *frida* presupone la palatalización de *g* delante de *i*: *īgi-* (*o-īgi*) > [iji] > *ī* por contracción;
- 3) otros casos a tener en cuenta, según Pisani, son éstos:
 - el paso de *y* a *z* o semejantes nos viene mostrado por la escritura inversa *Iosimus* por *Zosimus*, Diehl Pomp. Wandin. 386, y quizás por *Iumae* = *Zumae*; cf. también *Xustus* = *Iustus* 385;
 - quizás las escrituras *coiunxit* 599 y *coiuximus* 1090 quieren representar un resultado palatal de *ny*, en donde no obstante se puede también pensar en *co-* por *con-*;
 - un hecho análogo para *ly* puede representar *filum* 934 si, como sugiere Diehl en nota, se encuentra por *filium*;
 - *ty* parece convertido en *ss* en *repossone* = *repositionem* 436, haplogía de **reposissione*;
 - un apunte de asibilación podría ser la grafía *gratas* por *gratias* 1033.
 - interesante, porque parecería indicar una palatalización de gutural después de *i*, es *friat* por *fricat* 670;
 - *que* > *ke* en *usce* = *usque* 301, etc.

Esté o no ampliamente extendida la palatalización ya en Pompeya, lo cierto es que la lengua de Roma no testimonia en su historia ejemplos de este fenómeno, por lo menos desde el siglo IV hasta el I d. C.

Frente a la ausencia de este fenómeno en Roma podemos constatar, antes de Pompeya, su extensión por toda Italia:

- 1) En el latín de Falerii, y mucho antes de los ejemplos de Pompeya, el grupo *dī* aparece reducido en *ī* en *foied* = lat. *hodie*. Más interesante aún es el caso de *polafio*; si, como dice Giacomelli²¹, entendemos esta forma como «Paulae filius», y así la interpretan la mayor parte de los estudiosos

²¹ *Op. cit.*, p. 127.

de este dialecto, obtenemos de ello una prueba de la palatalización de *l* ante *i*. Y, según la citada autora, un testimonio de este tipo nos daría un precioso anticipo de los hechos dialectales italianos.

- 2) Hacia el norte, en una inscripción de territorio marso (CIL I² 2, 5), en donde se hablaba antiguamente un dialecto osco-umbro, encontramos una palabra *martses*, que representa el estadio intermedio *-ts-* de la asibilación.

Esta inscripción marsa, del lago Fucino, de finales del siglo IV, en escritura bustrofédica, tiene una importancia enorme, por cuanto se piensa que no representa el habla local, sino el latín cual aparecía en boca de los marsos²².

Recuérdese, por otra parte, que en la tradición romana se habla de un movimiento de sabinos hacia finales del siglo VI, que se hace particularmente sensible en la margen oriental del Lacio; como recuerdo se conectaba el paso de la gens Claudia a Roma hacia el 503 a. C. con *Attus Clausus*, romanamente dicho *Appius Claudius* (cf. Liv. II 16; Dion. V 37; Suet. Tib. 1, etc.).

- 3) En el dialecto umbro²³ encontramos adelantados los siguientes fenómenos:
 - a) *g* seguida de las vocales *e*, *i* se palataliza en un sonido paralelo a *ç* (*s*), representado por *i*: *muieto* < **muge-*, *aitu* «agito», *eveiету*, *aiu* < **agio*, etc.

Hay incluso, según Bottiglioni, palatalización de *g* precedida de vocal palatal en *iouinur*, *iouinur*, etc. frente a *ikuvinus*, *ikuvinu*. No obstante, estas formas quedan aisladas y el fenómeno no se explica fácilmente²⁴.

²² Cf. V. Pisani, *Testi latini arcaici e volgari*, Torino, 1960, p. 10.

²³ Cf. Bottiglioni, *op. cit.*, pp. 76 y 85.

²⁴ Con todo es curioso observar que la palatalización de gutural precedida de vocal palatal en umbro nos hace recordar el ejemplo aducido por Pisani, *friat* por *fricat*, para Pompeya.

b) la gutural *k* delante de vocal palatal (*e, i*), probablemente, según Bottiglioni, con un proceso análogo al que se verifica en las lenguas romances (lat. *centum*, it. *cento*, fr. *cent*, etc.; también *amicu*, it. *amiko*), se asibiló en el umbro iguvino en un sonido representado con el signo *d* (*ç*), *š* (*s*): *çersnatur*, *šesna* (osc. *kerssnais*), *façia*, etc.

4) Ahora bien, según Pisani, fenómenos copiosos de palatalizaciones aparecen ciertamente en el osco. Bien conocidas son las de Bantia, en donde *l, r, t, d, k* dan con *i* sonidos escritos *l(l)*, *r(r)* —probablemente líquidas palatalizadas—, *s, z, x* (este último probablemente una *š*). Y la célebre *tabula Bantina* hay que colocarla en los comienzos del siglo I a. C.

Pero palatalizaciones de esta especie se encuentran ya esporádicamente en inscripciones más antiguas:

- *sy* por *ty* en *plasis* < **Platios*: *πλατός* («que tiene los pies planos»;
- *y* por *dy* en *iúveis*, *iuvia*, en *iúklei* «die» < **dioklo*, cf. *zicolom* en Bantia;
- *yy* por *gy* en *ieis* < *Iegius*;
- (*y*)*i* por *gi* en *fahīs* < **fag-is* «edas», etc.

Así pues, según Pisani, hay un vasto movimiento cuyo epicentro parece encontrarse en el sur, el cual va extendiéndose a la Italia central y llega también más al norte.

Como hemos dicho antes, estos fenómenos aparecen en el latín con el siglo I d. C.

Pero en época prehistórica la lengua latina ofrece dos tratamientos distintos para consonantes como *g* y *d*: en unos casos, los menos, hay palatalización, tanto en inicial de palabra: *Iovem* < *Dio-vem*, como en interior: *aio* < **ag-io/ad-agium*; en otros casos, los más numerosos y corrientes, la *i* se ha vocalizado y la consonante precedente permanece inmutable.

Con justísima razón cree Pisani que los ejemplos de palatalizaciones no deben ser explicados con ridículas justificaciones: será

necesario sólo pensar que nos encontramos aquí ante el parcial acceso en el protolatino de fenómenos oscos, que sólo algún tiempo más tarde acabarán por impregnar de sí mismos al latín.

II. *Tratamiento de las consonantes finales:*

a) *-t* (y *-d*): en Pompeya encontramos, como desinencia de 3.^a pers. de singular, ya *-d*: *diced*, *inquid*, *pedicaud*; ya *desinencia cero*: *ama*, *valia*, *peria*. La explicación de estos hechos es, según Väänänen, la siguiente:

- 1) Para el primer caso, desinencia *-d*, se presenta una alternativa: o es la desinencia primaria *-t* (< **ti*) que se debilita en *-d*, convirtiéndose en *caduca*, o bien es necesario reconocer allí la terminación *-d* (< **t*) conocida del latín arcaico (FECED, SIED) y del osco: *deded*, *kumbened*. Ahora bien, dice Väänänen, como no hay indicios de una confusión de *t* y *d* finales en Pompeya (confusión que ha producido las formas verbales en *-d* en baja época), nos inclinamos a aceptar la última suposición, y a admitir además una influencia osca.
- 2) En cuanto a la caída de las oclusivas dentales en posición final de las desinencias verbales, Väänänen la explica porque parece ser que la dental final de las desinencias verbales, ya primarias en *-t*, ya secundarias en *-d*, ha sido débil (sin duda solamente implosiva o francamente expuesta a desaparecer) desde la época arcaica lo mismo que en umbro: cf. DEDE «dedit» CIL I 47.377.477; DEDRON ib. 30; incluso DEDERO ib. 1261; DEDRO 379). De los idiomas neolatinos sólo el a. fr., el prov. y el sardo tienen huellas de *-t* final en las formas verbales (salvo *est* y *sunt*).

Hasta aquí la explicación de Väänänen.

Ahora bien, debemos poner en claro determinados aspectos dejados en la penumbra por el eminente lingüista.

Es evidente que en el latín de las inscripciones más antiguas aparecen ejemplos con *-d* como desinencia secundaria (para el perfecto y el subjuntivo): uno en la famosa fíbula de Preneste (*fhefha-*

ked), otro en la inscripción del Foro Romano (*esed*) y dos más en el vaso de Duenos (*sied* y *feced*), en donde se oponen a las desinencias primarias con *-t*: *iovesat*, *mitat*.

Estos ejemplos nos llevan a pensar que el latín más antiguo, al igual que los dialectos itálicos, establecía una oposición entre desinencias primarias (*-t*) y desinencias secundarias (*-d*). A esto se añade que en el latín de Preneste aparece *-ed* como desinencia secundaria regular.

Por lo tanto, los ejemplos de Pompeya conectan o bien con el latín más arcaico o bien con el osco, que establecía también la oposición *-t/-d*. Muy distinto es el caso de la caída de oclusivas dentales de las desinencias verbales, fenómeno mucho más importante por cuanto desde Pompeya alcanza a las lenguas romances.

Admitida una oposición entre desinencias primarias y secundarias para el latín más arcaico, hemos igualmente de aceptar que en fecha más reciente, desde el siglo III a. C., la oposición se anula en favor de una sola desinencia *-t*, que permanece inalterable a lo largo de la época republicana hasta Pompeya. Por el contrario, en umbro *-d* final cae constantemente en la tercera persona de singular: *façia*, *habia*, siendo allí este fenómeno una verdadera ley fonética. Además, en esta misma lengua se verifica, también de modo regular, la caída de *-nt*: *fefure* «fuerunt».

Desde entonces es necesario comprobar si los ejemplos que Väänänen aduce de caída de esta consonante para el latín arcaico son verdaderamente latinos, es decir, responden a tendencias fonéticas propiamente romanas, o se deben más bien a influjo umbro.

Señalemos en primer lugar la escasez de formas atestiguadas para este período y veamos en qué lugar geográfico se encuentran: *dede* (CIL I² 47) es de Tibur, *dede* (ib. 377) es de Umbría, *dedero* (CIL I² 1261) de Preneste; *dedro* (CIL I² 379) de Pisaurum. Tan sólo *dede* (CIL I 477) y *dedron* aparecen en inscripciones encontradas en Roma y se deben, según la mayor parte de los lingüistas, sobre todo la segunda, a influencia umbra.

¿Cómo puede decir Väänänen que la dental final de las desinencias ha sido débil? En toda Italia sólo el umbro tenía como norma fonética la caída de *-d* final de las desinencias verbales. Y debemos señalar que en falisco, habla fuertemente penetrada por la influencia umbra, las consonantes finales (por tanto *-t* y *-d*) aparecen man-

tenidas en los epígrafes más antiguos: *douiad*. Pero en las inscripciones más recientes, a partir del siglo IV a. C., y debido, según Giacomelli²⁵, a la lenición común al itálico, las consonantes finales normalmente no aparecen registradas.

Así pues, la tendencia a la caída de *-d* y *-t* finales de las formas verbales ha nacido en territorio umbro, ha penetrado en Roma en época arcaica, aunque muy tenuemente, o, mejor, ha influido más vigorosamente en el latín hablado en los alrededores de Roma y finalmente ha penetrado en territorio de lengua osca, siendo, a nuestro entender, la causa del fenómeno en Pompeya.

b) *-m*: la caída de *-m* final es el fenómeno vulgar más frecuentemente atestado en las inscripciones latinas²⁶.

Según se viene afirmando, esta caída se daba ya en la época arcaica (cf. epitafio de los Escipiones, siglo III, CIL I² 9: OINO, DVONORO, etc.), mientras que en la época clásica el habla urbana ha restituido la *m* final más o menos completamente, si bien la lengua popular continuó articulándola débilmente o abiertamente la dejó caer.

En Pompeya hay desaparición casi total de este fonema en posición final, fenómeno que ha pasado a las lenguas neolatinas, en las que tan sólo en los monosílabos *m* final ha subsistido.

Este es sin duda uno de los rasgos más característicos para los que mantienen que entre el latín arcaico y latín tardío hay una línea de continuidad solamente puesta en paréntesis por la reacción de la lengua literaria.

Nosotros así lo creemos, pero en buena lógica, si admitíamos con Väänänen que la *-d* final de Pompeya aparecía en el latín arcaico, es decir, en las inscripciones más arcaicas, no podemos conectar la caída de *-m* final de Pompeya con dichas inscripciones, por la sencilla razón de que en ellas la *m* final permanece siempre inalterada.

Es decir, ¿por qué razón bajo la denominación de «latín arcaico» se reconoce unas veces los fenómenos fonéticos de las más antiguas inscripciones del siglo VI al IV a. C. y otras veces los de las inscrip-

²⁵ *Op. cit.*, p. 128.

²⁶ Cf. Väänänen, *Le latin vulgaire...*, p. 124.

ciones del siglo III en adelante, cuando la realidad es que lo que sucede en la primera etapa de los testimonios conservados es diametralmente distinto de lo que ocurrirá a partir del siglo III?

De este modo, si la *-d* final aparece en «época arcaica», hemos de afirmar que en dicha época, es decir, la de las inscripciones más antiguas como el vaso de Duenos, la fíbula de Preneste, el cipo del Foro Romano, etc., la *-m* final no desaparece en posición final.

Es más, en los primeros monumentos conservados del latín las consonantes finales *-m*, *-s*, *-d*, *-r*, etc. se nos muestran perfectamente estables, hecho que viene confirmado además por las antiquísimas inscripciones del latín hablado por los faliscos, en donde, como hemos dicho, se ha comprobado que dichas consonantes aparecen regularmente mantenidas: *zextos*, *urnam*, *douiad*, etc. Y también paralelamente con el latín de Roma el falisco sólo a partir de finales del siglo IV nos muestra la desaparición de las consonantes finales: *mate*, *uino*, *sta*, *cauio*, *cupa* (= *cubat*), etc.

Ahora bien, en Italia una lengua, el umbro, ofrecía como característica normal de su fonética la extrema debilidad de las consonantes finales *-m*, *-s*, *-r*, *-d*, mientras que el osco iba a la par con el latín de Roma. Desde entonces no se puede ciertamente negar que haya conexión al nivel de la lengua popular entre el latín posterior al siglo IV y el latín de Pompeya, siempre y cuando se tenga en cuenta, como muy bien han demostrado Bartoli y G. Devoto²⁷, que los fenómenos de lenición consonántica han nacido en territorio itálico, concretamente umbro, y desde allí han sido irradiados al latín de Roma y sobre todo al de las poblaciones rústicas de los alrededores, como lo muestran el prenestino y el falisco²⁸. ¿Por qué no pensar que han sido precisamente estos *rustici*, puesto que el latín oficial había restituido la *m* final, los que han llevado consigo a Pompeya este fenómeno fonético, latín rústico fuertemente penetrado, por lo demás, como han demostrado Ernout, Devoto y el mismo Väänänen, de elementos umbros más que oscos?

²⁷ G. Devoto, *Gli antichi Italici*, Firenze, 1951, 2.^a ed., pp. 178 ss.

²⁸ En un importante trabajo, E. Campanile, «Elementi dialettali nella fonetica e nella morfologia del latino», *SSL* 1, 1961, p. 13, afirma que «in arca dialettale sono facilmente soggetti a caduta non solo *-s* ed *-m*, il che dopo vocale breve avveniva anche in territorio urbano, bensì anche *-r* e *-t*».

En dicho caso, quedaría hasta cierto punto aclarada la extraña circunstancia de que precisamente en Pompeya, ciudad donde se hablaba osco, y en cuya lengua se mantenía firmemente la consonante, se den las numerosísimas omisiones de *-m* final; y por otra parte nos mostraría que a Pompeya no ha llegado con los colonos el latín oficial, sino el popular o rústico.

Autores como Sommer, Stolz-Schmalz, Meyer-Lübke, etc. han pensado en una nasalización de la vocal que habría precedido a la caída de *-m*.

Una nasalización de este tipo requiere como paso previo la confusión entre *m* y *n* finales, y aunque en Pompeya no hay ejemplos, Stolz-Schmalz (Lat. Gram. p. 155) los ofrecen para una época más tardía: *nomen*, *inguem* frente *eorun*, *mecun*, *donun*, etc.

Este mismo hecho se encuentra en umbro, en donde, según Bottiglioni²⁹, muchas veces *-m* final, cuando aparece, substituye a *-n* y viceversa.

c) *-s*: la *-s* final sigue planteando serios problemas a los investigadores, ya que prácticamente mantenida en Pompeya, su evolución en la Romania es aún más desconcertante, pues, como sabemos, la parte occidental, es decir, Iberia, Cerdeña y la Galia, la conservan, mientras que en Italia y en la Dacia no es mantenida más que en los monosílabos.

El latín más antiguo, como el falisco y el prenestino, mantenía regularmente dicho fonema en posición final, a pesar de lo que dice Väänänen³⁰: «Ainsi que *m*, la sifflante *s* apparait caduque à la finale d'un mot, sur les inscriptions latines dès la phase archaïque». Pero tanto en la fíbula de Preneste como en el vaso de Duenos, en el canto de los hermanos Arvaes, en el cipo del Foro Romano, en las inscripciones más antiguas del falisco, *-s* final permanece siempre inalterable.

Es entre el siglo IV y el III cuando *-s* falta en las inscripciones: *Cornelio*, CIL I² 8, *populicio* CIL I² 28, etc. Pero ya a finales del III el exacto valor de la *-s* se restablece en la grafía y así llega hasta Pompeya y a parte de las lenguas románicas.

²⁹ *Op. cit.*, p. 66.

³⁰ *Op. cit.*, p. 136.

Hay, pues, en toda la historia del latín un lapso de tiempo, que podemos cifrar en dos siglos, en que la -s final no se pronunciaba ni escribía.

Si ahora comprobamos qué tratamiento recibía el fonema en las distintas regiones y lenguas de Italia antigua, veremos que sólo en el *umbro* se daba de modo regular el debilitamiento de -s final, conservándola tan sólo allí donde era el resultado de un grupo de consonantes (-us < -ufs).

Una vez más volvemos a estar de acuerdo con G. Devoto y otros muchos lingüistas en que la frecuente caída de -s final en las inscripciones latinas se debe a influjo *umbro*.

Ahora bien, si es verdad que la lengua de la Ciudad reaccionó, como en otros muchos casos, contra las influencias extralatinas, restituyendo el exacto valor de -s final, no menos cierto es que la tendencia a la caída permaneció viva en el latín de la campiña, como lo atestiguan, para después de finales del III, las inscripciones de Preneste y faliscas³¹, y el testimonio de Cicerón, que calificaba de «rústica» la caída de -s final.

Así pues, a partir de este momento Italia estaba dividida en dos grandes sectores: uno, situado en Roma y al sur en territorio osco, mantenía la -s final; otro, que abarcaba toda Italia central y llegaba a los alrededores de Roma, debilitaba, en la pronunciación, dicho fonema. Pero así como en muchos casos el área lingüística de los *umbros* y hablas del Lacio, que en infinidad de ocasiones coinciden con el habla popular, se había impuesto al latín de Roma y al osco, lenguas mucho más conservadoras, en el caso que nos ocupa parecen haber cedido, por lo menos en la parte occidental de la *Romania*.

III. *Caída de nasales implosivas.*

Dos casos debemos considerar:

a) *Delante de oclusivas.*— De este fenómeno tenemos ejemplos en Pompeya como LICE (= *linge*), PRICIPIS, MEDACIA, METULA, NVPHE, etcétera.

³¹ Según E. Campanile, *op. cit.*, p. 13, «un fatto, poi, molto notevole e di cui non si hanno esempi nel latino urbano è dato dalla caduta di -s non solo dopo vocale breve, ma altresì dopo una lunga...».

La caída de nasales delante de oclusivas está abundantemente atestiguada —ya directamente, ya por grafías inversas—, a partir de Pompeya en los documentos «vulgares», en particular delante de dentales.

Independientemente de que esta transformación fonética haya alcanzado o no a las lenguas neolatinas (pues sabemos que han mantenido intactas las combinaciones de nasales y oclusivas, salvo en una parte de la Rumania, sobre todo en la Galia, en la que la nasalidad se ha extendido sobre la vocal que precede), el caso es que no está atestiguada en el latín de Roma anterior a Pompeya.

Ahora bien, el fenómeno de la caída de nasal delante de oclusiva se daba frecuentemente en los textos más antiguos en el dialecto umbro: *iveka, apretu, kupifiatu*; y escasamente en osco: *ekak* «hanc».

Pero lo que es más interesante, la caída de nasal delante de dental, sobre todo en la 3.^a pers. pl. del verbo, era una ley fonética en el umbro, mientras que en osco se mantiene siempre: umbr. *staiet, fiiet, set*, frente al osc. *eestint*.

Pero en la campaña romana y procedente de una influencia umbra tenemos que:

- 1) en Preneste se realiza la caída de *m* delante de una oclusiva labial sorda: *Tapios, Tapia, Popilia, Poconi*. Según A. Ernout³²: «Ici le prenestin a devancé le latin, et ce n'est que dans inscriptions de basse époque qu'on trouve par ex.: Popeius VIII 7643, colubaria VI 7803, etc.»;
- 2) en falisco hay numerosos casos de falta de transcripción de la nasal delante de oclusivas: *Upreciano* (cf. *Umpricius*), *idupes*, etc.

Desde entonces una palabra como *lubetes*, de la inscripción de los hermanos Vertuleii (CIL I² 1175) encontrada cerca de Sora en las ruinas del templo de Hércules, y que puede ser fechada en el 150 a. C., es un precioso testimonio de la penetración umbra en la lengua latina.

³² *Le parler...*, p. 332.

A. Ernout³³ recurre al fácil expediente de una influencia del nominativo singular *lubes*, en donde la *n* desaparecía delante de *s*. Creemos que no es necesaria tal explicación.

b) *Delante de espirantes*.—De los fenómenos expuestos ninguno es tan típicamente latino como éste.

La caída de *n* delante de *s* (y delante de *f*) bien establecida desde los orígenes de la lengua latina, aunque restituida en los círculos urbanos como consecuencia de preocupaciones etimológicas, llega a Pompeya a través del habla popular para desembocar finalmente en las lenguas románicas. Aquí se puede decir claramente que el hiato entre elementos del latín arcaico y elementos del latín tardío se halla en la lengua escrita, no en la tradición oral.

En efecto, aunque como consecuencia de la reacción de la lengua escrita quedó en suspenso en la lengua oficial de Roma, esta tendencia siguió viva desde siempre en la campiña romana como lo prueban el prenestino y el falisco: *lubs*, *cofeci*, *ifra*, etc.

En cuanto a los dialectos itálicos, la caída de la nasal se verifica a veces en umbro delante de sonidos espirantes: *aferum*, *afiktu*, etc., pero no en osco.

Respecto al grupo *ns* hay en los dialectos distintos tratamientos. En posición interior encontramos dos desarrollos según sea originario o secundario: en el primer caso es transcrito *nz* (a veces *z*) en la grafía nacional del osco y del umbro: umb. *anzeriatu*, *azeriatu* frente a *anseriato*, *aseriato*; en el segundo caso está atestiguado *f* en umbro: *spefa*, *mefa* «mensa».

En final de palabra, en osco aparece *-ss* en las desinencias originarias del acc. pl.: *viass*.

Según Bottigliani³⁴, la reducción *-ns* > *-nz* se encuentra actualmente en los dialectos italianos toscanos y centro meridionales: tosc. *penzo*, etc.

³³ *Recueil de textes latins archaïques*, París, 1947, p. 71.

³⁴ *Op. cit.*, p. 72.

B) SISTEMA VOCÁLICO

I. *Vocales en hiato.*

En Pompeya, cuando dos vocales se encuentran en hiato, se pueden constatar los siguientes hechos:

- 1) Se ha podido demostrar³⁵ que la reducción de *i* en *ĭ* reclama (aunque no regularmente) por compensación el alargamiento de la consonante que precede. Es así como se explican las formas **faccio* = *facio*, **ittia* = *itia*, etc. postuladas por el romance: it. *faccio*, a. fr. *faz*, fr. *-esse* < **ittia*, etc.

A su vez tenemos el derecho de ver en las geminaciones aberrantes delante de *i* que se encuentran esporádicamente en las inscripciones latinas un indicio de la conversión en consonante de *i* en hiato.

Entran en consideración, según Väänänen, los siguientes ejemplos de Pompeya: *SOCCIORVM*, *MELLIORVM*, *METTIOCVM*, *PETILLIVS*. Este fenómeno fonético no está atestiguado en latín, pero sí en osco, en donde tenemos abundantes ejemplos de una consonante reduplicada y precisamente delante de *i* en hiato: *meddikkiai*, *tribarakkiuf*, *iúttiuf*, *aíttium*, *mamerttiáis*, *pettieis*, *siuttiis*, *úppiis*, *babüis*, *vitelliú*, etcétera.

Según Bottiglioni³⁶, para los nexos *-kĭ-*, *-tĭ-*, *-lĭ-*, *-nĭ-* se podría ver en la reduplicación osca la fase que precede a la palatalización o a la asibilación, que se verifica por ejemplo en el bantino y en el umbro, mientras que la reduplicación de *-pĭ-*, *-bĭ-* es de la misma naturaleza que la que ocurre por ejemplo en el italiano *sappia*, *abbia*.

Además, el osco muestra ejemplos, aunque escasos, de reduplicación consonántica delante de *u* en hiato: *dekkviarim*.

³⁵ Cf. Väänänen, *Le latin vulgaire...*, p. 55.

³⁶ *Op. cit.*, p. 91.

Debemos, pues, advertir que un rasgo fonético que se encuentra en Pompeya y que pasa a las lenguas románicas, estaba adelantado en el osco.

b) El paso de *e* a *i* en hiato es, según Väänänen, un cambio más grave, menos espontáneo que la conversión en consonante de *i* vocálica. Así está relativamente poco atestiguado, salvo en Pompeya, antes del bajo Imperio.

En Pompeya aparecen cuantiosísimos ejemplos de *i* por *e* no sólo en los casos especiales que serán característicos para el latín vulgar de la época imperial (*-ius* por *-eus*, *-iolus* por *-eolus*), sino todavía en otros casos (las formas verbales de la 2.^a conjugación) que no aparecen apenas, por lo demás, antes de la víspera de la formación de los idiomas neolatinos.

Pero es curioso observar que el osco y el umbro verificaban, mucho antes que Pompeya, la reducción de *e* en *i* en hiato con una cierta uniformidad: osc. *fatium* (cf. lat. *fateor*), umbro *fasiu*, *farsio* «farrea», etc.

Es cierto que hallamos ejemplos de dicho fenómeno en las inscripciones latinas antiguas, pero el mismo Väänänen³⁷ tiene que reconocer que: «por cuanto se refiere a las inscripciones antiguas, por ej. CIL I² 21 *Tiano* = *Teano* (moneda), ibid. 582 (Ley de Bantia, de la época de los Gracos 113-118 a. C.) *pariat* = *pareat*, es preciso contar con dialectismos».

Algún otro ejemplo antiguo como *ium* de la famosísima inscripción encontrada en Luceria, en Apulia (CIL I² 401) nos indica cómo los latinos adaptaban su lengua a las particularidades lingüísticas de la región colonizada.

Pero aquí y ahora debemos observar que el latín, conservando su unidad fundamental, va «absorbiendo» o incorporando, ya desde finales del III a. C., algunos rasgos fonéticos del país conquistado. Es, por otra parte, probable, y así lo demuestra Pompeya, que la penetración «dialectal» en el latín siguiere viva en la conciencia de los hablantes latinos una vez que han aceptado un cambio lingüístico, alejados como estaban de la «regularizadora» Roma. Esto es lo que nos enseñan formas como *Tiano*, *ium*, *polliciarus*, *vinias*,

³⁷ *Introducción...*, p. 85.

vinieis, pariat, etc. en fecha antigua y los precoces resultados de Pompeya.

Aquí podríamos decir, como en otros muchos casos señalados, y sin temor a equivocarnos, que el hiato entre elementos osco-umbros del latín arcaico y elementos osco-umbros del latín vulgar está en la lengua escrita, no en la tradición oral.

c) Encontramos en Pompeya un hecho de pronunciación que la escritura convencional disimula, el sonido de transición que surge después de *i, u* vocálicos en hiato: JJAS = Ias, GLOVE = Chloē, POVERI = *pueri*, etc.

Este hecho lo hemos podido detectar en el latín de época arcaica: *souo*, CIL I² 1211 (epitafio de Claudia, Roma), *soueis*, CIL I² 1297 (epitafio del mismo Protogenes, cerca de Amiternum); y sobre todo en osco: *suveis, heriad, diivii, meeilikiieis, suvam, suvad, faciad*, etc.

II. Pero es sobre todo la estructura prosódica la que ha sufrido un cambio total en el paso del latín clásico al tardío.

Como sabemos³⁸, el latín clásico estaba caracterizado:

- 1) por una cantidad vocálica con valor fonológico, es decir, servía para distinguir términos;
- 2) por un acento fijo, de naturaleza musical, cuya colocación, determinada como estaba por la estructura fonética de la palabra, le impedía jugar un papel diferenciativo.

Por el contrario, el latín «vulgar» presenta dos hechos conexos:

- 1) la desaparición de la cantidad vocálica con valor diferenciativo sustituida por la diferencia de timbre de las vocales;
- 2) su compensación por la adquisición de un acento libre, de naturaleza dinámica, provisto de valor fonológico.

Estas dos tendencias capitales del latín vulgar, la desaparición de las oposiciones cuantitativas de las vocales en favor de oposiciones

³⁸ Cf. A. G. Haudricourt - G. Juillard, *Essai pour une histoire structurale du phonétisme Français*, París, 1949, pp. 1 ss.

de timbre y la acción creciente del acento de intensidad, aparecen en Pompeya.

Ahora bien, como es lógico, Pompeya es el resplandor, el efecto de dos tendencias que el habla popular debía traer consigo desde mucho tiempo atrás. Así parece reconocerlo Väänänen³⁹ cuando dice: «dans le parler populaire ce développement semble être amorcé dès une date relativement reculée».

Conviene, pues, ver los hechos en detalle:

a) *Acento de intensidad y sincopas.*

La aparición del acento de intensidad tiene como efecto inmediato un accidente llamado síncope, que afecta gravemente a la economía fónica de la palabra por el hecho de hacerle perder una sílaba.

A su vez, para las sincopas vulgares todos, absolutamente todos los investigadores, ponen como causa «l'accent d'intensité toujours croissant dans le latin parlé»⁴⁰.

Son desde entonces las vocales átonas las que caen en interior o final de palabra, porque esta pérdida sirve para nivelar el aumento de intensidad que sufre una de las sílabas vecinas.

En Pompeya hay abundantísimos ejemplos de este fenómeno en la *postónica*: DOMNVS, SVBLA, COLICLO, MENTLA, SVSPENDRE, CAESRI, PRIMIGNI, TVNCA, etc.; *en sílaba final*: EXMVCCAVT, PEDICAVT, CVRAVT, DONAVT, etc.; *en la pretónica*: HERCLANIO, PRIMGENIA, SEDLATVS, MALDIXI, etcétera.

Ya hemos dicho que el acento del período clásico era musical, y, por lo tanto, este accidente no aparece.

Ahora bien, ¿cómo de un acento musical se ha pasado a un acento espiratorio?, ¿cuáles han sido las causas de este profundo cambio operado en la fonética latina?

En su obcecación los lingüistas, entretenidos en demostrar si el latín ha tenido desde el comienzo de su historia un acento intensivo o musical, han descuidado los preciosísimos ejemplos encontrados en diversas inscripciones extendidas por toda Italia.

³⁹ *Op. cit.*, p. 71.

⁴⁰ Väänänen, *Le latin vulgaire...*, p. 71.

Hoy nadie puede dudar que el latín de Roma ha tenido siempre un acento de altura, pero nadie puede dudar tampoco que desde el siglo III, en calidad de conquistadora, la lengua latina ha entrado en contacto con pueblos cuyo acento era marcadamente espiratorio⁴¹.

Ese latín llevado por los colonos, o bien ese latín prontamente hablado en las regiones oscas y umbras, ha dejado evidentes huellas de que a partir del siglo III, mientras en Roma las sílabas de las palabras latinas permanecían intactas, allí eran descuidadas debido al fuerte acento de intensidad imperante en esas regiones.

Es decir, por una parte los colonos entran en contacto con poblaciones que hablaban lenguas distintas y cuyo acento era distinto, por otra parte esas poblaciones debieron aprender el latín pronunciándolo con el acento, «tonillo», propio de su lengua materna. Pensemos además que tanto unos como otros se encuentran lejos de los cánones regularizados de la *urbanitas*.

Pero deben ser los datos los que confirmen nuestra teoría:

- 1) Frente a los latinos que han conservado hasta la edad clásica el acento de naturaleza musical heredada del indoeuropeo, los dialectos itálicos habían entrado en la península con un fuerte acento de intensidad que alteraba y seguía

⁴¹ Queremos así tratar de conjugar dos hechos, el de la precoz aparición de abundantes síncopas en palabras latinas y el testimonio de los gramáticos respecto a la naturaleza musical del acento latino. Así pues, el acento musical indo-europeo se mantiene en latín hasta la época clásica, si bien el modo de pronunciar se ve sometido a un influjo intensivo en dos momentos, uno en la propia Roma y que corresponde a un período más o menos prehistórico, otro cuando el latín sale de la Urbe para ser hablado en el resto de Italia. Por esta razón estamos de acuerdo con D. Marin (*op. cit.*, pp. 189 ss.) cuando al explicar formas como *dedron*, *dedrot*, *dedro* dice que «con la perdita della *e* della seconda sillaba, dimostrano che l'accento rispettivo doveva stare sulla prima sillaba della parola: *déd(e)runt*». Pues según él «se l'accento fosse stato *dederunt*, la sillaba sotto accento si sarebbe dovuta conservare. Inoltre, se l'accento rispettivo fosse stato *melodico* o *musicale*, la sillaba posttonica avrebbe egualmente conservato la sua vocale. L'accento della parola, pertanto, doveva avere per forza valore *intensivo*».

Ahora bien, D. Marin llega a unas conclusiones que nos parecen excesivamente aventuradas y carentes de fundamento, a saber, que el latín tendría originariamente un acento intensivo y que su sistema vocálico era cualitativo. Acento musical y sistema cuantitativo vocálico se deberían al influjo de la lengua griega.

alterando a través de su historia el aspecto de las palabras. Así, según Devoto⁴², frente a la serie latina *vocare, advocare, convocare*, en osco, y debido a ese acento espiratorio, podemos reconstruir palabras tan desfiguradas como **akkaum, *vokaum* sobre la base de la palabra *akkatus*, que nos ha quedado en la tabla de execración de Cumas.

Para Devoto los gérmenes de esta alteración en el sistema del acento son muy antiguos y lejanos, pues los han tenido en tiempo antiquísimo comunes con los celtas, britanos y con los germanos. Este acento intensivo ha producido, pues, cuantiosísimas sín copas, y, al igual que en latín tardío, tanto en sílaba *medial* como en *final*.

Un análisis detallado de los hechos podrá encontrarse en el profundo estudio realizado por H. Benediktsson⁴³.

Así, por ejemplo, en osco-umbro es normal la caída de vocal entre las dos nasales *m* y *n*; en sílaba final son normales las pérdidas de vocales en la 2.^a y 3.^a pers. sing. del futuro y futuro anterior, etc.

- 2) Que la pronunciación de las palabras con acento de intensidad había alcanzado al latín de la campiña desde la próxima Umbría, parece testimoniarlo Cicerón en muchos pasajes al hablar de la pronunciación campesina y tosca, de esta manía por el habla regional que aparentaban en esta época algunos oradores. Así, por ejemplo, en *De orat.* 3, 11, 42 dice: «Est autem uitium, quod nonnulli de industria consecantur. Rustica uox et agrestis quosdam delectat, quo magis antiquitatem, si ita sonet, eorum sermo retinēre uideatur: ut tuos, Catule, sodalis, L. Cotta gaudere mihi uideatur *grauitate linguae sonoque uocis agresti*, et illud, quod loquitur, priscum uisum iri putat, si plane fuerit rusticanum».

Según G. Devoto⁴⁴, si ahora se nos pregunta en qué sentido la pronunciación rústica ofendía o molestaba los oídos ciudadanos,

⁴² *Gli antichi italici*, pp. 166 ss.

⁴³ «The vowel syncope in Oscan-Umbrian», *Norsk Tidsskrift f. Sprovidenskap* XIX, 1960 (1961), pp. 157-295.

⁴⁴ *Storia della lingua di Roma*, 1969, pp. 147 ss.

la respuesta se tiene en la contraposición, corrientemente documentada, de los dos conceptos de la reprobable «pesadez» y de la deseable «ligereza» de la pronunciación.

Ahora bien, sigue diciendo el sabio lingüista italiano, un solo concepto puede satisfacer conjuntamente a la «pesadez» literal de las definiciones y a las fuerzas que continúan presionando sobre el desarrollo de la lengua latina y contra las cuales se esfuerza en reaccionar la «urbanitas»: la pesadez del acento.

- 3) Pero si los testimonios de Cicerón, en una época en la que en Roma el antiguo acento musical, con el preciso sentimiento, con el pleno respeto de las diferencias de cantidad tenía todavía plena vigencia, pudiesen a alguien parecer discutibles, están para confirmarlos los ejemplos que a partir del siglo III a. C., extendidos por toda Italia, encontramos en las inscripciones.

Los lingüistas en general no han prestado atención a este hecho a causa de sus prejuicios, el cual consideramos clave para entender que Pompeya no es el comienzo, sino en todo caso la *constatación* de un proceso que se venía desarrollando muchos siglos atrás en la lengua popular.

En Pompeya se ha podido comprobar que son las vocales cerradas (*i, e, u*) las que están más expuestas a la síncope que las vocales *o* y, sobre todo, *a*. Otro tanto podemos afirmar para las síncopas anteriores a Pompeya.

Pero debemos dejar constancia que estas síncopas se dan en inscripciones latinas, es decir, donde no hay mezcla alguna con palabras o giros procedentes de algún dialecto.

Veamos, pues, la extensión de este hecho. Del *Recueil* de Ernout podemos recabar los siguientes ejemplos:

poplom, CIL I² 2, 25, columna rostral de C. Duilio, año 260 a. C.
poplus, CIL I² 614, decreto de Paulo Emilio, España, año 189 a. C.
poplo, CIL I² 40, de Nemi, comienzos del siglo II.

Derivados de *populus*: *poplicae*, CIL I² 586, Epistula ad Tiburtes;
poplicod, CIL I² 581, en S. C. B.

De la palabra *poplus* hace Ernout este comentario (p. 58): «forme syncopée qu'on retrouve en Némi... et en ombrien: *poplom*»:

pompilio, I² 30.

merto, I² 62, de Preneste, con este expresivo comentario de Ernout (p. 28): «*merto* 'mereto' avec syncope de *ǵ* en syllabe intérieure inaccentuée».

Hercle, I² 563, *Herclo* I² 394 (territorio Marso).

cedre, I² 366 (territorio umbro); Ernout dice (p. 39): «*cedre* 'caedere' syncope de *ǵ* inaccentuée».

piaculum, I² 366.

Valetudne, I² 391, I² 390 (territorio marso).

caper, I 478 (necrópoli del Esquilino). Ernout (p. 54 dice: «*caper*, avec chute de *-ǵ* final, cf. *tanger*, phénomène qu'on retrouve dans le latin vulgaire de basse époque: *facer* CIL 18282, *biber dare* Fannius dans Charisius G. L. I., 124 K».

tanger, I² 501.

fect = «fecit», I² 545.

viglias «vigilias», CIL I¹ 1139.

A estos ejemplos del *Recueil* de Ernout se pueden añadir muchísimos más. Sean éstos una muestra de ello:

Lebro = «Libero», I 175, Pisaurum.

lebravit = «liberauit», I 1258, Pisaurum.

leibreis = «liberis», I 1258, Pisaurum.

Cartlia = «Cartilia», I 1350, Clusium.

Ofdius = «Aufidius», I 1287, país sabino.

Fougno = «Fucino», IX 3847.

En Preneste⁴⁵ encontramos ejemplos como: *Atlia*, *Gemna*, *Mascilia*, *Matlia*, *Numtoriai*, *Orcuio*, *Tondrus*, *Vetli*, etc.

⁴⁵ Es necesario señalar que E. Campanile (*op. cit.*, p. 15) al estudiar el fenómeno de las síncoas dice estas significativas palabras: «Nel campo della fonetica, per concludere, richiamano la nostra attenzione fenomeni di sincope vocalica, numerosi e sensibili assai più che in territorio urbano: fertrio (CIL 8454)... Tali fenomeni non dovranno essere considerati puramente grafici, come vorrebbe l'Ernout, poichè in tal caso non si spiegherebbero i corrispondenti sviluppi epentetici: *MAGISTERES* (CIL XIV 2847, Preneste), *TEREBVNI* (ib. 3272), *TELEGENNIA* (ib. 2959), etc. Si dovrà, piuttosto, pensare ad una pronuncia fortemente ridotta di alcuni elementi vocali senza, per altro, che se ne possa indicare con certezza l'origine; potrebbe essere il residuo di un accento dinamico protosillabico più intenso che in Roma, ma potrebbe anche essere dovuta ad un diretto influsso dei dialetti italici o dell'etrusco».

En otros lugares del Lacio: *Calptana, Decmbres, Numtor, Decmus, Popnia*, etc.

De los ejemplos expuestos, que podrían ser aumentados en un examen más detenido de las inscripciones, se desprende que, igual que en Pompeya, hay síncopas en la postónica, en posición final y en la pretónica, e, igual que allí, los más numerosos son los casos de postónica. Con todo, de la pretónica tenemos: *leibravit, Apruficlano*, etc.

Hemos dicho que nosotros sostenemos, como otros muchos estudiosos, la naturaleza musical del acento latino desde la época prehistórica hasta la época clásica. Ahora bien, no podemos olvidar que en época prehistórica se han dado dos accidentes fonéticos, unidos entre sí y quizás dependientes de la misma causa: la síncopa vocálica (*pono* < **posino*) y la apofonía.

Para explicarlos, los investigadores han montado infinidad de teorías, no habiéndose todavía llegado a un acuerdo.

Son dos escuelas fundamentales en las que se agrupan generalmente los seguidores: la alemana y la francesa. Como objeciones a una y otra podemos decir⁴⁶ que los unos, atribuyendo al latín un acento de naturaleza intensiva, se encuentran en la necesidad de descuidar los testimonios de los gramáticos, que hablan, por el contrario, de un acento musical y, lo que es peor, de considerar la métrica cuantitativa y en consecuencia toda la espléndida poesía latina que sobre ella se funda como un artificio de los doctos, muy lejos del sentido lingüístico de los hablantes; los otros, sosteniendo a su vez el carácter musical del acento latino, consideran en su justo valor estos últimos hechos, pero, para rodear el escollo opuesto de los característicos fenómenos de síncopa vocálica, se valen de un medio, que tiene todo el aspecto de ser artificioso.

Por su parte, A. Juret⁴⁷, Meillet⁴⁸ y Lechantin de Gubernatis⁴⁹ admiten una «prépondérance», un «rôle spéciale» de la sílaba inicial,

⁴⁶ Cr. G. Bottiglioni, «Di alcune particolari tendenze fonetiche nell'Italia antica», *Athenaeum* VII (1929), pp. 449-474; VIII (1930), pp. 3-26.

⁴⁷ *Manuel de phonétique latine*, Paris, 1921, pp. 57-72.

⁴⁸ «L'accent quantitatif et les altérations des voyelles», *MSL* XXI (1918-1920), pp. 108-111.

⁴⁹ «Studi sull'accento greco e latino», *RIGI* 6 (1922-1923), pp. 85-101, 247-262; 7 (1923), pp. 60-96.

atribuyendo los fenómenos de síncope y apofonía a la escansión prosódica.

Un autor español, J. A. Enríquez⁵⁰, ha tratado de explicar la apofonía «como un caso de anulación del elemento vocálico diferenciador por su escaso o nulo papel diacrítico». De este modo «el mantener la oposición de timbres (abertura-localización) resulta superfluo, por cuanto la palabra de más de dos sílabas tiene en el elemento vocálico conservado y en el elemento consonántico un número suficiente de fonemas para lograr mantener el perfil sonoro de la palabra».

Ahora bien, debemos preguntar: ¿por qué la escansión prosódica o el papel diacrítico que actuó tan intensamente en época prehistórica, se detuvo en el período clásico, y volvió con renovado vigor en el latín tardío?, ¿por qué razón las lenguas con acento musical y con métrica cuantitativa no muestran en su vocalismo los accidentes que se verifican en el latín?

Como es bien sabido, Vendryes trataba, en su importantísima tesis⁵¹, de resolver parte de los problemas recurriendo al establecimiento de tres períodos:

- a) prehistórico, con acento intensivo e inicial;
- b) clásico, con acento musical y métrica cuantitativa;
- c) postclásico y romance, en el que se afirma el ritmo acentuativo y, en consecuencia, un acento de carácter dinámico.

Pero los hechos, según cree Bottiglioni, nos conducirían a admitir, en la historia del latín, tres períodos acentuativos diversos, o, mejor, cuatro, para quien considere que el primer acento, el del origen, no podía ser más que musical y, en consecuencia, un extraño alternar de dos caracteres opuestos en la acentuación latina: *musical, intensivo, musical, intensivo*.

La hipótesis de Abbot⁵² remozada por R. G. Kent⁵³ considera que

⁵⁰ «Apunte sobre el problema de la apofonía vocálica en latín», Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1968, pp. 85-91.

⁵¹ *Recherches sur l'histoire et les effets de l'intensité initiale en latin*, París, 1902.

⁵² «The accent in vulgar and formal latin», *Classical Philology* II, 1907, pp. 444-460.

⁵³ «L'accentuation latine: problèmes et solutions», *R. E. L.* III (1925), pp. 204 y siguientes.

se había producido una especie de contraste entre la lengua popular con acento espiratorio y la de los de la alta sociedad que por influjo de los maestros griegos había hecho al acento modularse melódicamente hasta cambiar de naturaleza. Tanto Abbot como Kent mantienen que el acento prehistórico había sido intensivo.

Una vez más, debemos recordar que la lengua latina, que traía consigo un acento musical heredado, en el período de los orígenes debió estar sometida a una serie de presiones lingüísticas considerables dado el escaso número y la poca importancia cultural y política de los habitantes de la antigua Roma.

Por otra parte, sabemos que las tendencias fonéticas pueden o bien generalizarse a todas las formas de una categoría dada, desembocando en una verdadera y propia ley fonética, o bien pueden detenerse en una evolución parcial, quedando como en suspenso, para aparecer después con renovada fuerza. Esto es lo que viene a reconocer Väänänen⁵⁴ cuando nos dice: «la syncope n'est pas, comme l'est l'apophonie, un phénomène phonétique que se soit fixé une fois pour toutes dès la phase pré littéraire».

Para algunos de los hechos fonéticos expuestos hasta el momento hemos atribuido su causa inmediata a las relaciones latino-osco-umbras habidas en el siglo IV a. C.

Por lo demás, Jos. Schrijnen⁵⁵, utilizando los métodos de la geografía lingüística, ha podido comprobar que la cultura osco-umbra en el período prehistórico no sólo se ha apoderado del país de los sabinos, sino que ha penetrado en el Lacio mismo. Había habido de este modo lo que G. Devoto⁵⁶ llama *Koiné* cultural, reflejada a nuestro entender en importantísimas penetraciones lingüísticas y culturales osco-umbras en el latín de Roma y en el de las hablas del Latium. Los datos siguientes así lo testimonian:

- a) Una importante característica⁵⁷ de las más antiguas inscripciones de Italia está constituida por el hecho de que muy a menudo se hace hablar en primera persona al objeto mis-

⁵⁴ Op. cit., p. 70.

⁵⁵ «La racine ais en Italie», *B. S. L.* XXXII (1931), pp. 54 ss.

⁵⁶ *Gli antichi...*, pp. 133 ss.; *Storia...*, p. 59; «Agli inizi della storia etrusca», *Studi Etruschi*, 1946-1947, pp. 285-300.

⁵⁷ Cf. M. L. Gemia, «Rapporti tra il lessico sacrale osco e latino», *Archivio Glottologico Italiano* XLVI (1961), pp. 97-138.

mo sobre el que está grabada la inscripción. Así el osco *herentateis sum* encuentra correspondencia en territorio latino, en la misma fíbula de Preneste (*Manios med fhefhaked Numasioi*), en los antiquísimos epígrafes faliscos (*ekolartos* «ego (sum) Lartis»; *ekokaisiosio* «ego (sum) Caesii»; *aimioosio ego* «ego (sum) Aemii») y en otras inscripciones como, por ejemplo, *Amor med Flacca dede*, CIL I² 477; *eco C. Antonios*, CIL I² 462, etc.

Además, entre las inscripciones funerarias, que contienen indicaciones que afectan al oficio, a la carrera o a la condición vital del difunto, debemos señalar la peligna llamada de Herentas, dedicada al recuerdo de una tal Vibia Petidia, sacerdotisa de alto rango. En ella, después del *curriculum vitae* y las cualidades de la difunta, se contiene el saludo augural dirigido a quien se ha detenido benévola-mente a leer el epígrafe («*eite uus pritrome pacris puus ecic leke lifar* 'Ite vos in laetitiam benevoli quos hoc Iegisse libeat'»), según una costumbre bastante difundida en la Italia antigua.

En otra inscripción sepulcral peligna proveniente de Sulmona hay una invitación y saludo al caminante (...*hospus pelegie...* [*hos*] *pus vale*; también en una breve inscripción de Lucania aparece únicamente el saludo al pasajero (σαλαϜ Ϝαλαε «*saluus vale*»). Estas fórmulas encuentran exacta correspondencia en los epígrafes latinos arcaicos (*hospes quod deico paullum est, asta ac pellege*, CIL I² 1211; *hospes resiste et pa[rite]r scriptum pertige*, CIL I² 1306, etc.).

- b) Que los osco-umbros han penetrado en el Lacio lo prueban igualmente las inscripciones faliscas y prenestinas más arcaicas.

Un rasgo característico del latín es la creación de futuros e imperfectos de indicativo en *-bo* y *-bam* respectivamente. Esta peculiaridad se encuentra también en Falerii: *carefam*, *carefo* = lat. (*carebam*), (*carebo*), pero el elemento *f* en sílaba interior, frente al tratamiento *b* de **bh* indoeuropea en latín, es claramente osco-umbro y denota una penetración lingüística en el territorio falisco.

También la forma *fhefhaked* de Preneste frente al viejo aoristo *feced*, documentado en la inscripción de Duenos, se la encuentra como perfecto originario reduplicado en osco.

Sería, por lo demás, ocioso seguir insistiendo sobre este aspecto, ya que una simple lectura de las inscripciones prenestinas y faliscas nos indica sin lugar a dudas que en cada línea, en cada palabra, se encuentra un influjo de los dialectos itálicos en la época más arcaica.

- c) Pero ¿han entrado lingüísticamente en Roma los osco-umbros? Que la contestación debe ser totalmente positiva lo prueba el detallado estudio que, sobre las principales isoglosas fonéticas procedentes de los dialectos e introducidas en en Roma en período prehistórico, ha realizado Fr. Ribezzo⁵⁸. Recordemos algunas de ellas:

- *p* dialectal frente a *qu* urbano < **qu*: el nombre del *mons Tarpeius*, exacta traducción osco-umbra del etrusco *Tark-vena*, muestra que un elemento dialectal se ha superpuesto al etrusco, después de la dinastía de los Tarquinios, etc;
- *b* dialectal frente a (*g*)*u* urbano < **gu*: *bos*, *brutus*, etc.;
- *-f-* dialectal frente a *-b-* urbano < **bh*: *tōfus*, luego *tūfus* en el latín tardío, etc.;
- *l* dialectal frente a *d* urbano < **d*: *Capitolium*, *lingua*, *calamitas*, etc.;
- *-f-* dialectal frente a *-d-* urbano < **dh*: *rufus*, *vafer*, *infra*, etcétera.

Además de estos hechos debemos tener en cuenta:

- 1) que en época prehistórica el latín paralelamente a los hechos de síncope y apofonía presenta palatalizaciones, accidente que no vuelve a aparecer aparentemente hasta la época tardía y cuya causa Pisani la atribuye a influencia osco-umbra;
- 2) que realmente el latín tiene muchos más ejemplos de apofonía que de síncope, al contrario que los dialectos itálicos,

⁵⁸ «Roma delle origini; Sabini e Sabelli: Aree dialettali, iscrizioni, isoglossi», *RIGI* XIV 1-2, 1930, pp. 59-99; cf. también Ernout, *Les éléments dialectaux...*, passim.

en los que junto a copiosísimos hechos de síncope vocálica se *contrapone la ausencia total de la apofonía*;

- 3) que incluso en estos mismos dialectos G. Devoto⁵⁹ ha podido comprobar grados de intensidad en el acento, pues mientras en los umbros, más en contacto con los etruscos, si no se hallan señales de un reforzamiento del acento, tampoco se encuentran las de una debilitación, en los oscos, llegados a un contacto con los griegos del sur de Italia, se nota, a partir de este momento, una escasa acción centralizadora sobre la palabra por parte del acento, una debilidad del acento, lo que viene testimoniado por el frecuente fenómeno en esta lengua llamado *anaptisis*, por el que en medio de un grupo de consonantes se introduce una vocal subsidiaria;
- 4) que los primeros testimonios del latín de Preneste como *fefaced*, *Numasioi*, etc. presentan plenamente conservadas sus vocales interiores y según Palmer⁶⁰: «es posible que en una época tan temprana tampoco el latín de Roma hubiera experimentado su característico debilitamiento de vocales átonas».

Así pues, si, como los lingüistas han reconocido, es una misma causa la que ha producido la apofonía y la síncope latinas, si, como han demostrado Brugmann⁶¹ y sobre todo Niederman⁶² «en principe l'élément de hauteur et l'élément d'intensité sont indépendents l'un de l'autre, mais pratiquement ils se produisent presque toujours ensemble», no vemos ningún inconveniente para afirmar que la lengua latina, que siempre ha tenido como fundamental un acento musical y siguió manteniéndolo hasta la época clásica, ha debido, en un momento dado de su historia, insertar como contrapeso al acento de altura una moda itálica de pronunciación, con acento de intensidad, aunque menos fuerte que el que afectaba al osco-umbro, lo que explicaría el poco poder que tuvo para desencadenar síncopas, pero sí lo suficientemente capaz de desencadenar el fenómeno de la apofonía.

⁵⁹ *Gli antichi...*, pp. 147 ss.

⁶⁰ *Introducción al latín*, Barcelona, 1974, p. 69.

⁶¹ *Grundriss I*, p. 59.

⁶² *Précis de Phonétique historique du latin*, París, 1906, p. 16.

Y no debe extrañarnos este hecho, porque frente a los que han pensado en un influjo etrusco como Dietrich, Hirt⁶³ o Skutsch⁶⁴, etcétera, debemos decir que el pueblo etrusco se ha impuesto, pero no asimilado al latino, además de que sobre dicha lengua se sabe muy poco y en definitiva, como ha demostrado A. Ernout⁶⁵, los restos de esta lengua en latín son escasísimos, si se les compara con los de los dialectos itálicos.

Por el contrario, sabemos que los habitantes de Roma se han «fundido» con los sabinos, un pueblo osco-umbro, y que la leyenda del rapto de las sabinas junto al significado nupcial y topográfico se refiere sin duda alguna a la más antigua fusión del elemento sabino con el latino.

El contraste es evidente, a los etruscos se les expulsa, a los osco-umbros se les asimila, como lo prueba la llegada de la que iba a ser la *gens Claudia* al frente del sabino *Attus Clausus*. Desde entonces no es descabellado pensar que Roma, como en tantas otras tendencias, haya reaccionado contra aspectos extralatinos como eran al fin y al cabo los osco-umbros.

Como en el caso de las palatalizaciones la lengua de Roma entra por su propio cauce, dándole la importancia merecida al modo de pronunciar con el acento originario, que nunca había desaparecido.

Para nosotros la grandeza de la lengua latina reside en haber asimilado tantos y tantos elementos extraños sin haber perdido nunca su unidad y originalidad.

Pero lo que sucede en Roma no tiene por qué ocurrir en la campiña, en donde los hablantes latinos seguían expuestos al contacto e influencia de lenguas como el umbro. Y ya no digamos nada del latín llevado a las distintas regiones de Italia, en donde el acento intensivo nunca había dejado de existir.

Tanto los hablantes que adquieren por primera vez el latín como los colonizadores que entraban en contacto con esas poblaciones debieron influirse mutuamente, y esto lo prueban abundantes sincopas en las mismas condiciones que en el latín tardío.

⁶³ «Der lateinische Akzent», *Glotta* IV, 1913, pp. 187-200.

⁶⁴ I. F. IX, p. 290.

⁶⁵ «Les éléments étrusques du vocabulaire latin», *Philologica* I, París, 1946, pp. 21 ss.

Desde el siglo III a. C. es ya el acento intensivo el que se va incorporando al latín hablado fuera de Roma. Pero este acento ya no alterna con el de altura, o, mejor, alternando lo va desplazando poco a poco, hecho que podría ser indicado por la aparición de sín copas, pero no de apofonía.

En definitiva, si para *coliclo*, *subla*, *herclano*, etc. de Pompeya se admite un acento de intensidad, por la misma razón ha de admitirse para *poplo*, de comienzos del siglo II a. C., para *merto* del siglo III a. C.

¿En qué se diferencia el fenómeno ocurrido en una palabra como *supendre* de Pompeya, de una otra como *cedre* del siglo III a. C.? ¿Por qué en unos casos se dice que es el acento de intensidad y en otros se recurre al fácil expediente de «dialectismo», que en el fondo poco o nada explica?

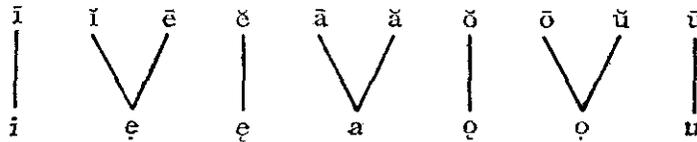
Queden, pues, a modo de conclusión estos hechos:

- 1) que síncope y apofonía prehistóricas se deben a una misma causa, el acento de intensidad; pero como esta misma causa ha producido distintos efectos en osco-umbro, hemos de pensar que el acento espiratorio latino no era tan fuerte como entre los dialectos itálicos y que debió estar contrarrestado por el acento musical originario;
- 2) que los efectos de la síncope y apofonía en Roma han sido limitados, siendo por lo tanto limitado el tiempo de la causa de dichos efectos;
- 3) que cuando una reacción lingüística nacional impone en Roma con todos sus derechos el acento musical, la síncope y apofonía dejan de ocurrir, pero tal reacción no afectó, como en otros muchos fenómenos, al latín rústico y al latín que comienza a entrar en contacto con poblaciones osco-umbras;
- 4) que Pompeya representa no el comienzo, sino el «puente» de transición de un proceso de la lengua popular que por los datos disponibles se inicia en el siglo III a. C.

b) Otra de las tendencias capitales del latín vulgar es la desaparición de las oposiciones cuantitativas de las vocales en favor de oposiciones de timbres.

Ahora bien, tal y como han demostrado insignes lingüistas como von Wartburg, Haudricourt-Juillard, G. Devoto, etc., no se puede reducir la historia prosódica del latín a dos fases, una primera caracterizada por la cantidad y una segunda caracterizada por el timbre. Es indispensable, y, por otra parte, lógico, intercalar, para poder explicar el vocalismo de los diferentes idiomas romances, una tercera fase definida por la coexistencia de la cantidad y del timbre.

La tendencia general es que las vocales largas tienden a cerrarse más, mientras que las breves se hacían más abiertas. De este modo los cambios fundamentales ocurridos en el latín vulgar son la confusión de *ī* y *ē* en un solo timbre *e*, y de *ǣ* y *ō* en otro timbre *o*. Estos dos cambios, el de la serie palatal y velar, no se han realizado en el sardo y corso del Sur, en donde *ī* y *ǣ* no se confunden con *ē* y *ō* en *e*, *o*, sino que, conservando su timbre, se confunden con *i* y *ū* en *i* y *u* respectivamente. Sin embargo, el rumano lleva a cabo el cambio de la serie palatal, pero no el de la serie velar, en donde *ǣ* no se confunde con *ō* en *o*, sino con *ū* en un sonido *u*. Exceptuadas estas lenguas, los cambios producidos en latín vulgar pueden ser esquematizados, según E. Bourciez⁶⁶, Väänänen⁶⁷, etc., de esta manera:



Para Haudricourt-Juillard, lo mismo que para otros muchos investigadores, la confusión entre *ī-ē* en *e* ha precedido a la confusión de *ǣ-ō* en *o*.

Si, como ha dicho A. Ernout⁶⁸, el latín había distinguido siempre *ē* de *i* y *ō* de *u*, debemos preguntarnos, como hace G. Devoto⁶⁹, si el «modo» con el que en el latín vulgar las diferencias cuantitativas han quedado acompañadas en un primer tiempo de diferencias cua-

⁶⁶ *Éléments de linguistique romane*, París, 1946, pp. 82-84.

⁶⁷ *Introducción...*, p. 63.

⁶⁸ *Les éléments dialectaux...*, pp. 65 ss.

⁶⁹ *Contributo alla teoria...*, p. 243.

litativas y luego suplantadas por éstas, no debe ser comparado con hechos análogos que se habían verificado en osco-umbro.

Antes de pasar a comprobar los datos que nos facilita Pompeya, conviene decir que, si bien en latín los timbres de las vocales se habían comenzado tímidamente a diferenciar en variantes, es precisamente en osco-umbro en donde de una manera sistemática a partir del siglo III a. C. las oposiciones cuantitativas iban acompañadas de oposiciones de timbres.

De esta manera, en *itálico* tenemos⁷⁰:

- 1) \bar{e} se pronunciaba muy cerrada tanto como para confundirse con i abierta, verificándose a veces una pronunciación incierta entre i y e . En cuanto a \bar{i} , a la pronunciación cerrada de \bar{e} que tendía hacia i abierta, corresponde la de \bar{i} que tiende hacia e cerrada.

Así pues, en osco $\bar{e}-\bar{i}$ se confunden en un único sonido representado por el signo i , que se distingue claramente de \bar{i} antigua, representado por $i\bar{i}$, i . La diferencia entre ambas vocales estribaba en que la primera (i procedente de $\bar{e}-\bar{i}$) era menos cerrada que la segunda ($i\bar{i}$, i procedente de \bar{i} antigua).

Por su parte, el umbro confundía $\bar{e}-\bar{i}$ en un sonido representado corrientemente por e , vocal cerrada pero menos que \bar{i} .

Así, la distinción entre i/\bar{i} y la confusión de $\bar{i}-\bar{e}$, realizada en el latín tardío, se encontraba adelantada desde el siglo III en osco-umbro.

- 2) De manera análoga a \bar{e} la vocal \bar{o} era pronunciada más cerrada que \bar{o} y podía confundirse con u . Así en osco es corrientemente transcrita por u , uu , lo mismo que en los dialectos menores en donde se encuentra casi siempre u . Pero en umbro prevalece la grafía o , aunque hay muchas formas con u .

Pero, en contraste con todas estas transcripciones que documentan la pronunciación u , se encuentran formas oscas con \acute{u} , o , o , y

⁷⁰ Cf. Bottigliani, *op. cit.*, pp. 25-37.

de un modo preponderante las umbras con *o*. Por ello, según Bottiglioni⁷¹, «si deve necessariamente concludere che la pronunzia di *ō*, più chiusa di quella di *ō̄*, doveva tuttavia fare essa l'impressione ora di *u*, ora di *o...*».

En cuanto a *ũ* se puede decir que permanece regularmente tanto en osco como en umbro, si bien algunas formas de este último parecen documentar una pronunciación abierta de *u* seguida de *m*, mientras que delante de *p* se tiene tanto *o* como *u* (*sopa* < **sup/supo*). Con todo, Bottiglioni⁷² nos dice: «come si vede, una tendenza di *ũ* verso *o*, analoga a quella che si verifica per *ĩ* > *e*, non risulta sufficientemente documentata».

Una vez más debemos recordar que el latín vulgar realiza la confusión de *ĩ-ē* antes que la de *ō-ō̄*. ¿No podemos ver en esto un reflejo de lo que ocurre en osco-umbro?

Así ha podido decir G. Devoto⁷³ que «estamos en el derecho de atribuir el análisis cualitativo de las diferencias cuantitativas de las vocales latinas al elemento osco-umbro penetrado en latín», y que incluso «la distribución geográfica del fenómeno coincide claramente con la irradiación desde Italia centro meridional».

Veamos ahora algunos aspectos referentes al vocalismo que nos proporciona Pompeya:

- 1) *Confusión de ae con ě*: casos como ADVAENTV, AEDEO, MAEAE, HABRAE (= *habere*), etc. son decisivos para demostrar que el timbre prevalece sobre la cantidad. También hay casos, aunque en menor medida, de *ae* por *ē*: AEGISSE, ONAGRICAЕ.

No puede haber duda de que el diptongo se ha monoptongado en una vocal *ę* abierta, pasando supuestamente, antes de llegar a *ę̄*, por la etapa intermedia *ę̄*.

Ahora bien, la primera sorpresa nos la proporciona la misma evolución del diptongo en una ciudad como Pompeya, de ambiente lingüístico osco, en cuya lengua siempre se ha mantenido el diptongo. Es decir, aquí no se puede de ninguna manera recurrir a un

⁷¹ *Op. cit.*, p. 32.

⁷² *Op. cit.*, p. 33.

⁷³ *Contributo alla teoria...*, p. 244.

sustrato osco, porque en esta lengua el diptongo se ha mantenido a lo largo de toda su historia.

Pero, por otra parte, sabemos que el latín de Roma ha mantenido *ae* hasta la época imperial.

¿De dónde arranca, pues, la difusión del monoptongo *e*? Es una vez más desde el país umbro donde el fenómeno ha llegado a las puertas de Roma ya desde la época arcaica.

En efecto, el latín de Preneste y el falisco, desde fecha muy antigua, reducían el diptongo al timbre *e* de un modo constante: *pretod*, *Cesula*, etc. Y según testimonio de los antiguos el latín «rústico» monoptongaba en *e* el diptongo *ai*, *ae*, p. Varrón, L.L VII 96: «rustici pappum (dicunt) mesium non maesium».

Pero debemos señalar que en umbro el monoptongo *e* resultante de *ai* tiene una pronunciación abierta, diversa de \bar{e} , pues nunca es presentado con la grafía *i*, lo que ocurriría si fuese una \bar{e} : *Kvestur*, *pre*, etc.

Por el contrario, la *e* salida de *ai* se comporta siempre exactamente igual que \check{e} . Hay, pues, que concluir que en umbro la *e* procedente de *ai* era a la vez abierta y breve.

Y casi otro tanto se podría decir del latín de las hablas de los alrededores de Roma, «cuya *e* salida de *ae* no tenía, según Ernout⁷⁴, la misma pronunciación que una \bar{e} primitiva»⁷⁵.

Es, pues, de territorio umbro desde donde se ha propagado el monoptongo *e*, llegando primero a los alrededores de Roma e incluso penetrando en ella en tiempo de Lucilio.

Y son precisamente los hablantes latinos de la periferia de Roma los que lo extienden por toda Italia como lo prueban las inscripciones latinas, incluso las del Sur, zona en donde no se monoptongaba el diptongo: *Victorie*, *Vesune*, *Erinie*, etc.

Creemos que los colonos venidos de la Umbría y de los alrededores de Roma fueron los que llevaron a Pompeya ya realizada la monoptongación en vocal breve y abierta del diptongo *ae*.

- 2) *Apertura de i*: en Pompeya tenemos ejemplos tanto en la tónica o pretónica: AMMETTIT, PETECVSANVS, etc.; en la postó-

⁷⁴ *Les éléments dialectaux...*, p. 59.

⁷⁵ Incluso autores como E. Richter, *Beiträge zur Geschichte der Romanismen*, Halle-Saale, 1934, p. 13, sostiene que en palabras «rústicas» como *edus*, *Cesula*, etc. la *e* era no sólo abierta, sino incluso breve.

nica no final: DOMENE, HIREDEM, SVBSTENET, MVLIEREBVS, y en la final: ALED.

El problema de las desinencias *-es*, *-et* por *-is*, *-it* ha sido tratado páginas atrás.

Pero los casos de $i > e$ distintos de las desinencias reclaman otra explicación que no ha sido ofrecida por Väänänen. Este autor⁷⁶ está abiertamente reconociendo la influencia de los dialectos itálicos sobre el latín popular más antiguo cuando dice: «Dans le latin populaire, le timbre de i a dû être dès anciennement très proche de [e], comme il ressort de la substitution de e à i depuis les inscriptions archaïques et de la transcription fréquente de i latin dans les textes en langue grecque par ϵ . Il paraît que la prononciation ouverte de i était considérée comme rustique (Varrón *Rust.* I 2, 14; Cíc. *De orat.* III 46). Ceci tient sans doute au fait que les dialectes italiques faisaient une distinction encore plus nette que le latin entre le son de l' i et celui de l' i ...».

Y si podemos encontrar en el latín arcaico grafías de e por i (*tempestatebus* CIL I² 8, 9), el caso es que en el latín de Preneste, desde los primeros textos y como consecuencia de influjo umbro, se encuentra como normal el cambio de $i > e$:

Camelio = *Camillus*.
Fabrecio, XIV 3128 = *Fabricius*.
Orcevio, XIV 3200 = *Orcivius*.
Vergelia, XIV 3295 = *Vergilia*, etc.

Una vez más el umbro y las hablas de los alrededores de Roma⁷⁷ se encuentran detrás de un cambio que va a ser decisivo en el latín tardío.

- 3) Citamos un último caso como muestra de que no siempre se debe buscar el fácil expediente del osquismo en Pompeya.

⁷⁶ *Op. cit.*, p. 32.

⁷⁷ Es cierto que también en Roma encontramos ejemplos de este cambio (*fruge* CIL 12 1349), pero la mayoría de ellos están localizados fuera de la Urbe, como *soledas* CIL 12 1529, de Alatri, *monementum* CIL 12 1739, de Benevento, etc.

Nos referimos al cambio de \bar{e} por \bar{i} procedente de *ei*: AMECIS, EDVS, TVES, VIES = *viis*, etc. Es absurdo pensar, como hace Väänänen, que estos casos reflejan un tratamiento dialectal de *ei* debido a la influencia osca, pues sabemos que el resultado \bar{e} de *ei* era el normal en umbro desde época arcaica, lo mismo que en el latín de Preneste y falisco, frente al tratamiento \bar{i} del latín y a su conservación en osco.

Pues debemos decir que en osco el diptongo se conserva tanto en las inscripciones más antiguas como en las más recientes, y sólo excepcionalmente⁷⁸ tenemos un resultado *e* en el bantino *ceus* y quizás también en *prebai* < *prei*.

Una vez más encontramos al umbro y a las hablas del Lacio detrás de un cambio ocurrido en Pompeya.

III

CONCLUSIONES

De los datos expuestos hasta aquí se puede recabar una serie de conclusiones que pueden ser ilustrativas para formarnos una idea sobre el nacimiento del latín popular:

- a) los dialectos itálicos se han hecho sentir lingüísticamente en Roma en dos períodos históricos: uno que podemos suponer entre el siglo VIII-VI (finales) y otro que de un modo evidente se centra entre el IV y comienzos del siglo III, y que ha dejado huellas indelebles en las inscripciones;
- b) todos o casi todos los fenómenos fonéticos que conectan al latín arcaico y al latín tardío conectan igualmente a este último con los dialectos itálicos; pero es más, otros muchos accidentes que aparecen en latín tardío no se hallan en el latín arcaico, pero sí en osco-umbro, adelantados tres o cuatro siglos antes;

⁷⁸ Cf. Bottiglioni, *op. cit.*, p. 40.

- c) con el siglo III se impone en Roma una reacción contra los elementos extralatinos, reacción que no triunfa en el latín de la campiña y en general en el popular, en donde los dialectos itálicos, y sobre todo el umbro por razón de contigüidad geográfica, favorecen el mantenimiento de los accidentes fonéticos ocurridos un siglo antes e incluso fomentan alguno más;
- d) en Pompeya, generalmente, los fenómenos fonéticos que se pueden pensar como debidos a influencia osca, también se pueden atribuir al umbro, pero hay otros muchos que no pueden explicarse a partir del osco, pero sí de las hablas del norte, del umbro sobre todo, del falisco y prenestino y, en general, de lo que se llama latín rústico.

Dichas conclusiones exigen a su vez estas constataciones:

- 1) sostenemos, en la creencia de haberlo demostrado, que se puede extender al estudio de los elementos osco-umbros del latín vulgar la tesis defendida por G. Devoto⁷⁹ de que el hiato entre elementos osco-umbros del latín arcaico y elementos osco-umbros del latín vulgar está en la lengua escrita, no en la tradición oral;
- 2) la realidad de los datos ofrecidos aquí destruye la tesis de Sittl y Mohl.

En efecto, entre los siglos IV y III a. C. hemos dicho que se efectuaron una serie de cambios sensibles en el sistema fonético del latín de Roma, de Preneste y Falerii. Sabemos que estos cambios se debían a tendencias venidas de los dialectos itálicos con los inmigrantes llegados de todas partes a Roma o asentados en la campiña. Así ha podido decir A. Ernout⁸⁰ que «después del período real la lengua de la metrópoli, al no estar fijada por código gramatical, ha sufrido sin resistencia todas las influencias que ejercían sobre ella el lenguaje de los inmigrantes todavía dominados por el recuerdo de sus dialectos». Por esta razón, dice el insigne lingüista

⁷⁹ *Contributo alla teoria...*, p. 235.

⁸⁰ *Les éléments dialectaux...*, p. 22.

francés, en el momento en que aparecen los primeros testimonios escritos, cada línea de cada texto atestigua el estado profundamente alterado de la fonética.

Pero, como hemos dicho, con el siglo III comienza la reacción del latín de Roma contra las influencias extralatinas. Los círculos urbanos, imbuidos de un exacerbado nacionalismo, restituyen o reponen la mayor parte de los accidentes fonéticos realizados algún tiempo antes: restituyen como consecuencia de preocupaciones etimológicas la *n* que había caído delante de espirantes, reponen las maltrechas consonantes finales, etc.

Ahora bien, debemos preguntar: ¿la lengua popular de este período acató estas consignas impuestas por una clase superior?, ¿la lengua del campo hizo caso de tal reacción o siguió más bien su propio camino?

Es de suponer que la lengua del pueblo, tanto urbano como campesino, no sólo siguió manteniendo los fenómenos fonéticos ocurridos mucho tiempo atrás, sino que incluso adelantó otros muchos, y así parecen testimoniarlo rasgos que sorprendemos en las inscripciones.

Desde el momento de la reacción urbana encontramos ya *dos formas particulares de una misma lengua* y es precisamente la popular y rústica la que vuelve a encontrarse con los dialectos itálicos, pero ahora en su propio terreno, debido al poder conquistador de Roma y a la imposición de colonias por toda Italia.

Como ha demostrado, entre otros, H. Homeyer⁸¹, no es el latín oficial, como dice Muhl, el que va a colonizar Italia, el que entra en contacto con los distintos dialectos, sino que es el latín de legionarios y campesinos el que se asienta en los territorios itálicos.

El latín que llevaban estas gentes estaba ya fuertemente impregnado de particularidades debidas sobre todo al umbro y de rasgos típicos propios de las hablas del Lacio, pues eran los habitantes de estas regiones los que emigraban a otros lugares, como lo testimonia la muy antigua y preciosa inscripción (CIL I² 364) mandada hacer por cocineros faliscos establecidos en Cerdeña.

El latín que poco a poco se va imponiendo por toda Italia no se funde con los dialectos respectivos, sino que va asimilando,

⁸¹ «Some observations on Bilingualism and Language Shift in Italy from the Sixth to the Third Century», *Word* XIII, 1957, pp. 415-440.

absorbiendo distintos rasgos fonéticos del habla de las regiones conquistadas. Los incorpora, pero no por ello deja de conservar su unidad.

Esta es la clave que no han sabido comprender ni Sittl ni Mohl, pues, frente a lo que creían, son escasísimos y de poca importancia los documentos de esa lengua híbrida medio latina, medio dialectal, propugnada por ellos.

Son, en cambio, numerosísimos los documentos en los que el latín llevado por toda Italia se nos muestra uniforme, a pesar de la adaptación de algunos rasgos dialectales de los territorios conquistados.

Pompeya representa la síntesis, la constatación de ese proceso de absorción y adaptación efectuado por el latín a lo largo de muchos siglos.

TOMÁS GONZÁLEZ ROLÁN